

UN THRILLER POLICÍACO

# A RAS DEL OCASO

KEVIN CALVO

UN THRILLER POLICÍACO

**A  
RAS  
DEL  
OCASO**

**KEVIN CALVO**

tl,

A RAS DEL OCASO

KEVIN CALVO ZOCAR

© Kevin Calvo Zocar, 2020

ISBN: 9798640681499

Sello: Independently published

Todos los derechos reservados.

*Para mi familia, en concreto para:  
mi esposa e hija, padres y hermanos.*

tl,

*28 de Enero de 1998*

Había vuelto a suceder. Otra vez la misma pesadilla que le estaba atormentando y dejándole en vela durante toda la semana. No había dado resultado las pastillas para dormir que le había recetado el psicólogo hace dos días, y eso que “resultaban” ser bastante fuertes. Después de dos meses aún continuaba considerándose culpable de aquel accidente. Aquel en el que resultó catastrófica e irreparable, acabando con la vida de aquella mujer con su hijo, y aun sabiendo que la culpa fue de aquel camionero, se sentía rencoroso consigo mismo por no haber estado pendiente del tráfico y no de aquel maldito Porsche 911 que le adelantó sin apenas poder ser visto de la velocidad a la que iba. Según los forenses, el camionero triplicaba la tasa de alcohol y, por si fuera poco, se quedó dormido al volante e invadió el carril del coche de los difuntos, que trágicamente no sirvió de mucho el frenazo ya su coche colisionó con él e hizo que por muy poco que fuera, lo empujó hasta tal punto que se vio arrastrado con el camión y ambos salieron despedidos fuera de la carretera. Nadie sobrevivió a aquel accidente. El camionero terminará su vida entre rejas y él no volvió a ser el mismo.

Después de despejarse un poco, y de encender la luz de la radio que mostraron las 06:37h, decidió darse una ducha para quitarse el sudor que lo empapaba provocado por la pesadilla, pero mientras estaba preparando el agua caliente, sonó el fono porta. ¿Quién podría ser a estas horas? ¡Es sábado! Pensó mientras se rascaba la barba de una semana de su rostro cuadrado con caracteres imponentes. Se acercó a la cocina y contestó a la llamada.

— ¿Quién? — con voz risueña y desganada.

— ¿No vas a abrirle a un amigo? —sonó mientras se reía.

— ¿Carlos...? ¿Eres tú...? — contestó.

— Pues claro hombre, ¿quién sino...? — dejando una pausa que duró más bien poco. — Vamos Oscar abre, aquí hace un frío de cojones, y no voy a esperar más y tú querrás escuchar lo que tengo que decirte.

No respondió, directamente abrió la puerta y fue a la entrada a recibir a su amigo. La casa no estaba como para recibir visitas, no había limpiado a fondo desde hace un mes mínimo, desde que invitó a sus padres a comer y de eso ya hace tiempo, al igual que él no había ido a la barbería a arreglarse su pelo con greñas y negro como el carbón. Pero pensó en que Carlos no diría nada por ello, seguramente lo entendería, mucho trabajo y muchas más comeduras de cabeza. Abrió la puerta quitando los dos cerrojos y ahí estaba él, con un abrigo de borrego y una bufanda que le cubría prácticamente su diminuta cabeza redonda tiritando mientras soplabla a sus manos frotándolas entre sí para entrar en calor. Hacía tiempo que no sabía nada de Carlos, y no recordaba que estuviera tan rechoncho y bajito, así que con una sonrisa burlona lo invitó a pasar

señalándole permiso sin decir nada cerrando la puerta detrás de sí. Como un tornado se lleva todo a su paso, recogió toda la basura que pudo llevándola a la cocina. Pasaron 5 minutos bien largos y ninguno de los dos había abierto la boca ni para suspirar.

Carlos contemplando aquel estercolero y terminando de entrar en calor, fue el primero en decir algo.

— Veo que has estado bastante ocupado.— dijo mientras se quitaba la bufanda y los guantes.— Si puedes prepararme un café largo te lo agradecería. Algo caliente no sentaría nada mal.

— Perdón por el desorden, ya sabes... trabajo...— contestó Oliver mientras sonreía de forma vergonzosa. — Y sobre el café, tengo en polvo. — adjuntó mientras observaba cómo su invitado inesperado daba el visto bueno con un simple movimiento de cabeza.

Después de preparar las tazas de café y ponerse una camiseta que pilló tirada en el respaldo de una silla de la cocina, se dirigió al salón donde le esperaba su amigo y aquello tan misterioso que quería saber y no iba a tardar mucho en descubrir.

— Será importante para venir a estas horas un sábado. — propinó dejando las tazas sobre la mesa de centro.— Aunque no te preocupes, me pillaste despierto.

— No te va a gustar, pero seguramente aceptarás seguro. — contestó mientras daba un sorbo a la taza mojándose los labios con el café.

— Desembucha.

— Está bien. Ejem...— pausó mientras daba otro sorbo.— Es con relación al accidente Oliver... Ayer murió Tomás, el camionero.

— ¿A muerto ? ¿Y qué pasa con eso?— preguntó mientras estiraba las piernas encima de la mesa.

— Verás, no ha muerto de forma natural. Ha sido asesinado. Ayer a las 12h tenía su último juicio para sentenciar el caso, pero se ha dado el caso de que iba a confesar algo que por ahora no sabemos.

— ¿ Asesinado ? Y por la confesión, me da que ya es un poco tarde...¿ No crees?— dijo sonriéndole.— Además sabes que desde aquel día estoy fuera de servicio, y no tengo porqué saber lo que me estás contando, aunque ya es un poco tarde.

— Eso ya lo sé, pero pensé que podría servirte para dar un paso al frente y ayudarte a superar aquello. —contestó.— Y sobre la confesión, su abogado es quien lo sabe, pero con lo ocurrido, se suspendió el juicio y el abogado está en su domicilio con una patrulla bajo su casa por si las moscas.— añadió poniendo su mano en el hombro de su amigo.

— No sé si estoy preparado Carlos. Y parece un caso concluido. Ves a hablar con el abogado y fin de la historia.— propuso recogiendo las tazas vacías para dirigirse a la cocina para dejarlas.

— Puede ser, por eso quiero que vengas conmigo, me acompañes a la comisaría y vayamos a hablar con el abogado. No pierdes nada por ello.

Oliver al escuchar lo que le propuso, pensó en ello mientras ordenaba un poco la cocina y le servía un poco más de café a Carlos. Y entre tantos pensamientos, su subconsciente o esa voz que todos tenemos y nos habla, le decía que aceptara la proposición y ahuyentara a sus fantasmas de una vez por todas. Su fiel amigo, compañero de trabajo y hasta hace unos meses, su segundo en resolver crímenes de casos abiertos, había ido hasta su casa de buena mañana sólo por y para ayudarlo a superar el miedo que lo comía poco a poco, día tras día. Así que, sin dudar más, se

dirigió a su habitación, que estaba igual de desordenada que el resto de la casa ,se vistió, se aseó en el baño y cogió el abrigo del perchero que estaba entrando al salón. Cogió las llaves de la casa y miró a Carlos que aún tenía el abrigo puesto y estaba mirando a la nada con la mirada perdida.

— Vamos. — le dijo abriendo la puerta y cerrándola con llave después de que su amigo y compañero, saliera antes que él.

— Antes tenemos que pasar por comisaría, recuerda. Será rápido.

Tras subir al coche, un Volkswagen Golf Mk2 negro del 92, que en más de una ocasión habían pedido el cambio por uno más nuevo, pero la contestación del comisario Molina que siempre recibían era la misma, “ no hay suficientes ingresos, y si os lleva donde queréis ir, aún hace su trabajo”. La comisaría no estaba a más de 15 minutos de la casa de Oliver, que vivía en Alboraya. Lo que le venía muy bien si quería irse al domicilio para descansar, comer, resolver dudas o planificar presentaciones para exponer al resto del cuerpo de policía.

Hacía más de 3 años que junto a Carlos, habían subido al rango de inspector que tanto estaban deseando. Desde que entraron al cuerpo con 25 años, los dos habían sido uña y carne patrullando las calles de Valencia Centro y Norte, creyéndose los reyes de las calles como en las películas de Hollywood. En más de una ocasión han tenido que hacer persecuciones a conductores ebrios y sobre todo a adolescentes que llevaban estupefacientes o habían tenido algún encontronazo en grupo porque uno había mirado mal o millones de otras excusas infantiles que solían decir. Pero, después de casi 10 años haciendo lo mismo, los dos querían aspirar a más y poder llevar las pruebas de los casos y ser ellos quién van en busca de delincuentes gordos y no de los de poca monta. Tras tanto insistir al comisario de que les diera la oportunidad, llegó el día en que los llamó a los dos a entrar en su despacho. Tenían que atrapar a una banda que se dedicaba al tráfico de armas y al blanqueo de dinero. Les llevó bastante tiempo en atraparlos ya que las pruebas y confidentes eran escasos o más bien nulos. Se les apodó, Bolívares ,ya que la mayoría del grupo eran bolivianos y una pequeña parte españoles, del que formaban parte de una organización más grande y del que ellos sólo eran intermediarios al igual que otras pequeñas bandas que han ido capturando.

El día en que los dos recibieron la insignia de inspectores lo celebraron con todo el cuerpo de policía, novatos y antiguos compañeros de trabajo e incluso sus mentores que ahora estaban seguramente viviendo la vida con su familia de viaje en viaje. Solamente debían recibir órdenes de Molina y del inspector jefe , López ; al que ni el propio comisario aguantaba su carácter de perros, y claro está de la jefatura que va por encima del comisario que él les hacía llegar a sus oídos.

Por fin llegaron, les había demorado más de 10 minutos encontrar un sitio para aparcar el coche ya que tenían la costumbre de no estacionarlo junto la comisaría para que no lo relacionaran, ya que en más de una ocasión los habían evitado por conocer el modelo y matrícula del coche, los comentarios vuelan entre los interesados.

Su departamento estaba en la segunda planta de la comisaría, y allí en la puerta estaba Iñaki, aunque todos lo conocíamos y nombramos por su apellido López. Llevaba su gabardina marrón y por fuera del suéter su placa colgando apoyado sobre el marco de la puerta, con un aire chulesco una cara de pocos amigos y una barba que le llegaba a la altura de los hombros. De paisano ,

nadie se imaginaría que es un inspector jefe, con ese aspecto y tal tamaño de su barriga. Los años y las cervezas pasan factura pensaba Oliver en más de una ocasión. Al ver a la pareja de inspectores acercándose por el pasillo que había frente a él, retiró su boina a modo de saludo mostrando su calva camuflada por esta.

— Pero, ¿¿qué ven mis ojos ?! — comentó López frotándose los ojos como si estuviera viendo un espejismo. — Si son mis inspectores juntos de nuevo.

— No cantes victoria. He venido más bien para complacer a mi compañero. — añadió Oliver dándole un apretón de manos a su superior.

— Buenos días. ¿ Está el Molina en su despacho ? — saludó Carlos dejando el abrigo y sus accesorios de inviernos en la percha dentro del departamento.

— Si, vayamos a hablar con él y a ver qué nos dice y ordena. Estaba preguntando por ti — dijo dirigiéndose a Carlos.

Y así, después de que Oliver recibiera saludos de prácticamente todo el departamento que se encontraba allí en aquel momento, y de observar su antigua mesa de trabajo junto a la de Carlos y con todos los archivos esparcidos por esta, que estaban igual que el día en que se marchó de baja tras el acontecimiento que tuvo. Tras una breve pausa en su mente recordando todos los momentos vividos en aquel lugar, reanudó la marcha a la oficina del comisario donde le esperaban López y Carlos junto a la puerta invitándolo a entrar. Y por encima de ellos un reloj de pared que marcaba las 8:45h.

La oficina del comisario, era la parte más aseada de todo el departamento, con estantería repletas de libros judiciales y dossiers repletos de casos resueltos y por resolver. Junto a la mesa de López, que era del tamaño de dos mesas de escritorio con su ordenador del cual era de los pocos que había en el departamento, ya que sólo habían 3. El suyo, el de López y el que compartían Carlos y Oliver. Al lado izquierdo mirándolo de frente, se encontraba un geranio del que cuidaba mejor que a cualquier persona del mundo, incluso se le ha escuchado hablarle y decirle lo que más de una vez se ha tenido que callar por respeto a sus subordinados.

Sentado sobre su gran butaca de cuero, estaba el comisario con su traje de trabajo azul marino, con sus respectivas insignias y medallas agregadas. Era un hombre corpulento y de mediana edad, no tenía mucho más que López. Debería medir el metro noventa y con su volumen incluso aparentaba más, su carácter era amigable y razonable y eso bien lo sabía el departamento porque siempre prestaba su ayuda a todo el mundo que se lo pidiera y como buen jefe apoyaba a todo el mundo después de un fracaso o si algún asunto personal los estaba influenciando a bajar su nivel de trabajo.

— Adelante. — dijo señalando los asientos que abría frente a él y su mesa—. Los estaba esperando y vaya sorpresa la vuestra trayendo a nuestro querido Torres — añadió halagando a Oliver.

— Gracias comisario. Yo también me alegro de verle— contestó Oliver—. Vengo de parte de Carlos que vino a mi casa hace unas horas poniéndome al día de lo sucedido.

— Lo sé, fui yo quien se lo ordenó. Me da la sensación que vamos a necesitar tu picardía y suspicacia en este caso, del que me temo que esconde más que algún secreto que aún desconocemos.

López y Carlos estaban sentados en las sillas, mientras que Oliver estaba apoyado sobre un

mueble cerca de ellos. Estuvieron alrededor de unos veinte minutos poniéndolo al día de lo sucedido en su ausencia, como la jubilación de Hidalgo , el veterano del cuerpo que desde su entrada al cuerpo seguía siendo un patrullero. Al final entraron al tema que había llevado a Oliver a salir de su casa a altas horas de la mañana por órdenes de Molina y acatadas por Carlos.

— Como bien sabéis ayer a las 12h fue asesinado el conductor del camión, Tomás — empezó el comisario dándole permiso para continuar a su segundo al mando, López.

— Así es, lo gordo es que fue asesinado con un veneno de reptil por una objeto punzante y más gordo aún es que estaba escoltado por dos seguratas que lo acompañaban a la estancia donde se encontraba su abogado.— añadió.

— ¿ Cómo es eso posible ? — interrumpió Carlos. — ¿ Ha interrogado alguien a los seguratas ?—.

— No hizo falta, son inocentes. Hicieron declaración, y además ellos estaban inconscientes junto al cuerpo sin vida del camionero — respondió Molina al comentario —. Habían recibido una pequeña dosis del mismo veneno, pero sin llegar a matarlos, ellos no eran el objetivo.

— Perdón por interrumpirlos , pero ¿y qué pasa con el abogado ? — añadió Oliver que estaba atento a toda aquella información y del que volvía a sentirse empujado por su intuición en resolver casos.

— No lo sabemos, la cosa es que tenemos previsto reunirnos con el Sr. Delgado en su domicilio dentro de un par de horas — dijo López —. Esperemos que resuelva nuestras dudas y agregue un granito de arena al asunto.

— Oliver, ¿ te ves preparado para reanudar en tu puesto ? — añadió el comisario cambiando de tema dejándolo por concluido.

— No estoy seguro comisario, permóname, pero aún estoy inseguro, pero si me lo permite, ¿ podría acompañarlos a hablar con el abogado ?— contestó Oliver levantándose levemente del mueble.

— Por supuesto, pero Delgado no debe estar al corriente de su situación, aunque contando con que es un abogado, lo estará e impedirá que intervengas en la conversación. — advirtió Molina.

— Descuide jefe, haremos lo necesario para que no interfiera directamente con Delgado.— concluyó López apoyando su mano derecha sobre la mesa del comisario con una sonrisa pícara.

— Está bien, sean atentos y háganle cualquier tipo de pregunta. Quiero saber con quién duerme, el nombre de su perro e incluso cuántas veces va a vaciarse al baño — finalizó Molina—. Y váyanse ya y esperen en alguna cafetería cerca del domicilio del Sr. Delgado para llegar a la hora — añadió dando por terminada la conversación que habían llevado a cabo durante casi una hora —.

No tardaron más de la cuenta y retomaron el paso hacia la salida hasta llegar al coche de Carlos, poniendo rumbo a su visita con el Sr. Delgado.

Al cabo 45 minutos hasta llegar a Sagunto y poder aparcar lo más cercano al domicilio del abogado, que habían perdido más de 10 minutos buscándolo. Faltaba menos de media hora para acudir a la cita así que eliminaron lo de ir a la cafetería a esperar ya que querían terminar con el tema lo antes posible y resolver el caso cuanto antes, pero algo que rondaba por la mente de Oliver, era que no iba a ser más que otro hilo del que colgarán muchísimas más dudas, preguntas y dolores de cabeza.

Una vez llegaron al portal del edificio con una placa que afirmaba la vivienda del abogado, ya que ponía “ Enrique Delgado. Abogado. 10º izquierda”. Los tres inspectores echaron una ojeada alrededor para ver la patrulla que debería estar vigilando, pero no observaron ningún coche de policía así que pensaron que deberían estar en uno de paisano. Al llamar al fono porta, contestó una voz cansada y aguda, pareciéndose a la de una mujer de avanzada edad. Al mismo tiempo los abrió indicándoles por donde subir a su estancia.

Cuando llegaron a la planta destinada rabiosos y fatigados tras subir más de 100 escalones incluso más por la ausencia del ascensor ya que señalaban con un cartel en cada una de las plantas que iba a estar fuera de servicio hasta las 14h de ese mismo día , vieron a dos policías trajeados junto a la puerta del abogado. Oliver al verlos, recordó de forma remota, su imagen junto a la de Carlos de hace más de 10 años, trajeados y atléticamente hablando, preparados para salir corriendo detrás de algún escapista. Mientras se acercaban a ellos, estuvieron susurrando algo, imaginándose de quien se trataban estos tres, pero la placa colgante de López los delató.

— Buenos días inspectores.— empezó el agente más alto y aparentemente más joven que el otro.

— Buenos días. ¿ No deberíais estar abajo vigilando desde el coche ?— gruñó López poniendo una voz prepotente.

— Sí señor, pero pensamos que aquí tendríamos mejor observación de todo aquel que quiera acercarse al abogado.— contestó el otro agente, que por su apariencia tendría 5 años menos que Oliver, unos 30.

— Tranquilízate jefe, han hecho bien y han sido bastante sensatos.— dijo Carlos calmado así a López.— Márchense a descansar un rato. Vayan a pasear o a comer, lo que quieran. Pero déjenos continuar con nuestro trabajo, el vuestro ha concluido hasta dentro de una hora.— finalizó.

— Gracias señor. En una hora estamos aquí.— terminó el agente joven.

Tras la conversación, los agentes abrieron la puerta a los superiores dado que ellos la protegían entreabierta previamente abierta por el abogado. Antes de que se marcharan, Carlos tomó nota de los nombres de los agentes y del número de placa. El joven, Rodrigo García con número X—5348 y el otro, Domingo Vizcaya, H—3478. Finalizándose así la intervención, los inspectores entraron en la casa y los agentes bajaron por las escaleras para salir de la inmensa finca.

Nada más entrar en aquella lujosa casa, se dieron de canto con la vista puesta en ellos del señor Delgado. Un hombre de buena planta, aunque con aspecto inquieto y un rostro sudoroso, razonable por lo que había presenciado un día atrás. Nada más entrar los inspectores en el comedor, más grande que la cocina y el salón de la casa de Oliver, destacaba la inmensa mesa de buen roble con sus 6 sillas robustas y seguramente pesadas. A la espalda del abogado había un ventanal con vistas al cercano Puerto de Sagunto y viéndose mínimamente a lo lejos el hermoso mar balear. Con un leve gesto de manos y alzándose de la silla, les señaló las respectivas sillas para que se sentaran los inspectores.

— Buen día señores. Llegan antes de lo previsto— inició el abogado, secándose la frente con un pañuelo de seda que sacó del bolsillo de la americana que llevaba puesta—. Aunque cuanto antes concluyamos esto, mejor para todos.

— Encantado de conocerle— contestó López estrechándole la mano.— Estos son mis subordinados, el inspector Torres y Martínez.

— ¿Torres...? — preguntó como si le resultase familiar, revisando los documentos que tenía delante de él.— Ajá...Aquí está ... Veo que ha vuelto al trabajo, por lo que a mí respecta, usted estaba de baja por lo ocurrido tras el accidente, ¿verdad?

— Así es señor, y todavía lo estoy para serle sincero; pero como dice mi psiquiatra, tengo que adaptarme y familiarizarme con mis recuerdos de aquel día— respondió casi al instante sin pensar su respuesta, pensando que diciendo la verdad el abogado empatizaría con él—. Y si no le molesta, me gustaría estar aquí y solamente escuchar la conversación, tengo pensado unirme de nuevo al cuerpo según como transcurran los hechos de ahora.

— Mmm... Ya veo.— dijo mientras se acariciaba el mentón con su barba al estilo del actor Johnny Deep—. No se preocupe, en estos momentos no actúo como abogado, sino como testigo de un asesinato. Cuantos más escuchen y analicen esto, mejor.

— Pues empecemos entonces.— comentó López, sacando su libreta del bolsillo de la gabardina.

Y así retomaron la verdadera razón por la cual se encontraban con el abogado, invitándoles a un vaso de agua a cada inspector. Empezaron con las preguntas clásicas: donde se encontraba a la hora del asesinato, de quien estaba acompañado, con quien habló antes y después, vio algo extraño, etc. Pero de todas ella ya sabían la respuesta ya que ya lo declaró el mismo día del asesinato. Pasando 15 minutos, llegaron a donde los inspectores querían llegar.

— Pasemos a la acción.— dijo Carlos con una sonrisa y frotándose las manos con nerviosismo.— ¿Qué es lo que le confesó Tomás días antes del juicio ?

— Verás... Es más bien poco, pero contundente.— respondió casi susurrando acercándose al rostro de los inspectores.

— ¡Vamos hombre, no sea tan paranoico!— dijo López cabreado , levantándose de la silla en un solo movimiento que hizo que todas las miradas se dirigieran a él

— Tranquilícese jefe y usted también señor Delgado, respire.— añadió Oliver.

— Ss... Ssss...Si señor— tartamudeó el abogado secándose la frente empapada de sudor y controlando la respiración retomó por donde lo dejó.— Gracias. Verán, el señor Tomás, en paz descansa, me comentó que recibió dinero en mano, por parte de un hombre trajeado y escoltado por dos bestias el día del accidente. A cambio de hacer una parada en Villarreal y descargar una caja del tamaño de una persona de dos metros antes de llegar a su destino que era Valencia. El tipo trajeado le anotó en una hoja la dirección a la que debía acudir, de la que no se nada, ni de

que transportaba, ni él mismo lo sabía.— mientras hablaba de todo ello, todos los presentes estaban boquiabiertos al escuchar lo que ninguno de ellos se esperaban—. eso es todo lo que sé y me contó el señor Tomás. Bueno y que después de recibir el dinero un trabajador le dio un paquetito de chicles que no dudó en aceptar ya que estaba dejando la bebida y eso le aliviaba.

La cara de Oliver pasó de asombro a enfado en un santiamén. Aquel día lo recordó mentalmente a modo de imágenes sospechando que no fue un simple accidente sino más bien un crimen que no salió como esperaban aquellos hombres trajeados de la que por ahora desconocían su identidad. Miles de preguntas rondaban por su mente con la finalidad de calmar su frustración del momento resolviendo el caso que recién había empezado a mostrar sus cartas.

Al unísono, López y Carlos estaban anotando todo lo que el abogado les estaba diciendo y al igual que Torres en su mente, en más de una ocasión habían escrito en grande un centenar de interrogaciones garabateadas mostrando así dudas de la confesión que acababan de escuchar.

Tras un par de minutos más solventando todas las dudas que los inspectores citaban al abogado y anotarlas en sus respectivas libretas, sonó el timbre de la puerta principal donde se escuchaba la voz de los dos agentes afirmando su presencia llamando al inspector López. Este miró el Lotus que llevaba en su mano derecha confirmando que había pasado una hora prácticamente y dio por concluida la visita al abogado, ya que no tenían más dudas que se pudieran responder , señalando así a los inspectores que debían irse.

Despidiéndose del abogado con un estrechón de manos, los tres salieron del domicilio dejando su seguridad a cargo a los agentes recién llegados. Cuando estaban prácticamente por el último piso para salir de la finca, bajando de nuevo por las escaleras, escucharon un grito estremecedor que provenía del lugar de donde venían. Esa voz era la del agente García, llamando a los inspectores a que regresaran al punto de partida.

Al llegar de nuevo al piso del domicilio del abogado, fatigados preguntaron qué ocurría sin recibir respuesta de ninguno de los dos agentes, solamente abrieron la puerta. Tenían cara de pánico como si hubieran visto un fantasma merodeando por ahí. Al entrar por la puerta, ahí estaba el abogado en el mismo sitio donde lo vieron por primera vez dándole la espalda a las vistas de la ventana. Pero esta vez había algo diferente.

Estaba muerto.

Ya estaba todo el domicilio lleno de forenses y criminólogos marcando cualquier sospecha con los carteles amarillos numerados y haciendo fotos como locos hasta el más mínimo detalle. Los dos agentes atemorizados, dado que era su primer cadáver presenciado en todo lo que llevaban incorporados al cuerpo, y al igual que los inspectores, fueron interrogados levemente.

Oliver vio en los rostros de los agentes el mismo miedo que el paso cuando salió de su coche para acudir a donde se encontraba el coche familiar, despedido de la calzada por el empuje fatal del camión. Ver un cuerpo sin vida, sin alma, no era bonito de ver. Había que tener estómago y una mente fría para no derrumbarse ante semejante imagen. El cadáver del abogado yacía todavía sobre la mesa con un rostro en el que los ojos parecían salirse de las cuencas y de los orificios de la nariz y orejas emergía una cascada de sangre que aún goteaba hasta llegar al suelo haciendo un charco de unos treinta centímetros de diámetro. Su cabeza estaba inclinada hacia atrás con la mirada sin vida como si observara el techo.

El comisario llamó por teléfono a López dándole la orden de investigar todas las pruebas después de contarle lo sucedido en el domicilio. Así que este ordenó a Carlos y Oliver a remover cielo y tierra en encontrar cualquier indicio sospechoso que les indicara un camino a seguir con la finalidad de encontrar al asesino. Y de inmediato se pusieron a ello colocándose los guantes que les prestó uno de los forenses.

Observaron de cerca el cadáver del señor Delgado fijándose en sus manos por si se había suicidado después de haberles contado lo que ahora ya sabían, y esa era su hipótesis, pero no duró mucho. Cuando le agacharon la cabeza, sobre su nuca casi imperceptible si no le hubieran retirado el cuello de la americana que llevaba puesta, encontraron un punto ensangrentado como si le hubieran pinchado con un alfiler. En ese instante, Oliver mirando al suelo encontró una aguja del mismo tamaño que su mano, se parecía a las cerbatanas que utilizaban los indios en las películas de vaqueros, pero no encontraron ningún propulsor que iniciara el vuelo de aquella aguja hasta llegar a la nuca del abogado. Así que sin pensar fue a la cocina donde estaba López fumándose un cigarrillo.

— López, creemos haber encontrado el arma homicida.— le dijo mostrándole la aguja.

— ¿Estás seguro? —contestó López insinuando que resultaba casi imposible que eso fuera así—.

— Segurísimo. Creo que ha muerto envenenado al igual que el camionero. Solamente necesitamos que se le haga la autopsia y nos digan la causa de la muerte para poder relacionarla como el arma homicida.— afirmaba Torres mirando fijamente a su superior.

— Pero eso es imposible, aquí no había nadie más que nosotros tres. Y, además, alrededor no hay ningún edificio cercano donde se pueda disparar con una cerbatana y más difícil aún acertar.— negaba el inspector.

— A mi parecer, no estábamos solos señor. Creo que había alguien más en el domicilio y ninguno de nosotros pensó en esa posibilidad.— añadió Torres.

— Perdonadme por interrumpirles, pero creo que Oliver está en lo cierto. — dijo Carlos apareciendo por la puerta de la cocina—. He ido al baño a lavarme las manos y la ventana del baño estaba forzada y en el suelo he encontrado este frasco.— continuó mostrando un frasco de las mismas proporciones de un mechero.

— ¡Mierda! — dijo López—.¿¿ Como cojones ha podido ocurrir esto delante de nuestras narices?! — continuó tirando el cigarro al suelo y apagándolo de un pisotón.

— Propongo volver a la comisaría e ir a la científica a que analicen el frasco y la aguja y veamos si tienen relación.— propuso Oliver viendo como sus dos compañeros afirmaban con la cabeza.

— Esta bien , nos vamos.— dijeron los dos casi al mismo tiempo.

Durante el trayecto a comisaría, especulaban que clase de persona podría hacer algo así, parecía que estuvieran en pleno rodaje para una película policíaca americana sin ellos estar al corriente. Nada así había ocurrido antes en esta zona, claro está , la única matanza cercana fue la del caso Alcácer, pero intuían que no era semejante en ningún sentido. Algo gordo estaba detrás de todo esto, alguien no quería que supieran lo que el abogado les acababa de contar.

Por el camino de vuelta pararon en una gasolinera para repostar combustible para el Golf y también para los estómagos de los inspectores que desde buena mañana no habían comido nada.

Al llegar a comisaría, todo el departamento estaba haciendo preguntas a los inspectores invitándose cada uno de ellos a ayudar en caso de ser necesario.

García, el agente que se encontraba también en el domicilio del abogado, salió de la oficina del comisario. Posiblemente pensó Oliver, llegara a comisaría cuando ellos estaban conversando en la cocina del señor Delgado. Se acercó a ellos para saludar cordialmente, avisarles que Molina estaba que echaba humo y que los estaba buscando y que ahora se marchaba al psicólogo por órdenes del mismo al igual que había hecho con Vizcaya.

López se separó de ellos para bajar al estanco que había a un par de calles y comprar el puro que tanto le gustaba a Molina para que entrase en calma. No tardó más de cinco minutos cuando regresó y juntos entraron al despacho.

Ahí estaba Molina paseándose de punta a punta de la habitación hablándole al cuello de su impecable traje. Tenía cara de pocos amigos y roja como un tomate a causa del cabreo. Al ver a los inspectores quiso lanzarles algún que otro insulto que ninguno quería escuchar y antes de que lo hiciese, López ya estaba usando el cortapuros mientras se acercaba a él para dárselo. Sacó su zippo prendiendo la llama y el comisario llevándose el puro le dio un par de caladas llenando casi inmediatamente la sala de humo denso.

— Explíqueme como ha podido ocurrir esto delante de vuestras narices— balbuceó Molina con el puro en la boca.

— No pensamos que podría haber pasado tal cosa señor.— contestó López.

— Ejem...—tosió Molina cuando expulsó el humo.— Gracias por el puro. A ver... ¿ Habéis podido sacar alguna conclusión después de ver la escena del crimen ?

— Si señor, permítame explicarme— dijo Torres.— La conclusión a la que he llegado, es que el asesino estaba en la casa, no sabemos cómo ni cuándo pudo entrar, pero sospechamos que ha muerto igual que el camionero. Envenenado.

— ¿Sospechamos?¿Me estás diciendo que no lo sabéis aún?— bramó Molina volviendo a poner el cejo fruncido como cuando lo vieron al entrar al despacho.

— Si, queremos ir al laboratorio a que analicen esto — contestó Torres pidiendo el frasco y la aguja , ambas separadas en su respectiva bolsita a Carlos que ya las tenía a mano.

— Pues no pierdan más el tiempo, quiero que solucionéis esto cuanto antes, tengo a periodistas llamándome sin parar para realizar una entrevista y sabéis cómo me ponen. — dijo Molina con un gesto de manos mandándoles a irse.

— Sí señor.—respondieron los tres.

— Ah... espera Torres.— añadió el comisario.

— Dime señor.

— Tome, su placa y su arma. Este es tu caso. No dudo de ti, sé que lo conseguirá.

— Gracias señor.

Sin nada más que hablar salieron del despacho para dirigirse al laboratorio. Oliver de camino se quedó mirando su placa, pensativo, dudando si había hecho lo correcto, si estaba preparado para lo que estaba por venir, pero la apretó con fuerza y se la guardó en el bolsillo interior de su abrigo que tanto se deseaba quitar por el calor que hacía dentro de la comisaría. Pendiente de sus pensamientos no se enteró de que sus acompañantes lo estaban halagando por haber dado el paso.

Tras coger el ascensor y bajar al sótano donde se encontraba el laboratorio y la morgue, entraron a la sala donde estaba el técnico de laboratorio, Fernando Peña.

*22:35 pm, 15 de Enero 1998*  
*Polígono Industrial de Badalona Sud*

La noche era fría a esas horas de la noche, la radio casi insonora comentaba que habían llegado a los 2°C a lo largo del día. Estaban esperando dentro con la calefacción en marcha a que saliera Aleksei de la nave industrial. Yegor, el cabecilla del grupo, le había ordenado vigilar el cargamento que debían transportar pero que aún no sabían ni cómo ni cuándo hacerlo. Cansado de esperar salió del coche para ver cómo iba el asunto por ahí dentro.

— ¡Stan!— gritó Yegor.

— *Da*, jefe, ya voy— contestó mientras se cerraba la bragueta de su pantalón.

— Joder, tienes que mirarte esa vejiga tuya, pareces mi abuelo.— insinúo mientras le abría la puerta del coche, un Lincoln Town Car plateado impecable, tanto que parecía que brillaba en la oscuridad— Acompáñame adentro.

La nave estaba abandonada, habían forzado la entrada y solamente acudían cuando tenían que cargar o descargar algún cargamento que llegaba desde Rusia. Pero este cargamento era diferente respecto al resto.

Yegor entró por la puerta a la única sala que había dentro de la nave. Estaba todo más bien oscuro si no fuera por un foco pequeño que producía media luz y alimentada por un generador. Aleksei se acercó a él limpiándose las manos con un par de servilletas, dejándolas manchadas de un color rojizo como el de la sangre. Estaba con una camisa blanca con las mangas dobladas hasta los codos envalentonado con el frío que hacía. Su complexión corpulenta como los culturistas que se pasaban todo el día en el gimnasio y sumando así su altura de casi dos metros parecía un oso a dos patas.

Tratando de esquivar su mirada, inclinó la cabeza hacia un lado y ahí en medio de la sala, un hombre atado de pies y manos a una silla que apenas casi ni se le podía ver. Parecía estar desmayado por la posición corporal que tenía. Volvió la mirada a donde estaba Aleksei todavía intentando lavarse las manos.

— ¿Ha dicho algo?— preguntó Yegor mirando de nuevo al hombre atado.

— No. Es duro de pelar— contestó Aleksei tirando las servilletas al suelo—. No sé qué más hacerle, parece que no sienta dolor el muy carbón.

— Veamos.

Se hizo a un lado pasando de largo a Aleksei acercándose al hombre desmayado sobre la silla. Al verlo de cerca, afirmó lo que dijo su compañero, ese hombre era duro de pelar; tenía la cara tan magullada que casi ni se le veían los ojos de la inflamación. La nariz la tenía rota hacia el lado izquierdo y el labio partido al igual que sus cejas. De su cara brotaba sangre de donde nadie

jamás había imaginado que podría a ocurrir. Al observarlo más de cerca pensó que Aleksei le había atiborrado a golpes solamente en la cara, pero no fue así, fijándose en sus manos, se dio cuenta de que le faltaban tres uñas de la mano derecha y la uña del dedo gordo del pie izquierdo. Ese hombre era inhumano pensó, una persona normal estaría suplicando por su vida y escupiendo todo lo que querían ellos saber.

Le dio unas palmaditas en la cara al hombre para ver si despertaba o en caso contrario jamás lo iba a hacer y eso no le interesaba para nada. El hombre no despertaba así que le arrojó la botella de agua que había sobre sus pies imaginándose que era de Aleksei. Sonó un gemido casi imperceptible para el oído humano, pero con el silencio que había se escuchó perfectamente. Estaba vivo y eso produjo una sonrisa de oreja a oreja en la cara de Yegor; que si ya de forma natural producía pánico con su cicatriz que empezaba en el nacimiento del pelo de la frente pasando por su ojo izquierdo y terminando por encima de la oreja pareciéndose a la forma de un garfio; ahora con la escasa luz impactaba aún más.

El hombre alzó la cabeza produciendo quejidos por el dolor que estaba soportando escupiendo sangre al suelo que le brotaba de la boca. Estuvo un rato produciendo sonidos como quisiera decir algo, pero con las magulladuras de su cara le parecía imposible, así que Yegor acercó lo oreja a su boca.

— Púdrete en el infierno.— balbuceó escupiendo de nuevo.

— Ya estamos en él amigo mío— sonrió Yegor.— Y yo soy Satanás y tú mi perro atado con correas— siguió mientras se reía.

— ¡Cabrón! — le contestó.

— Dime lo que quiero saber y terminaremos con esto de una vez, no hagamos que dure más tiempo, no estás en condiciones— le dijo cogiéndolo por la barbilla con su mano derecha haciendo que las miradas se cruzasen.

— Aleksei no me ha preguntado nada, supongo que daba por hechas las preguntas.— comentó.

— Tú sabrás Francis, supongo que no hay que hacértelas habiéndote pillado infraganti.— dijo mientras vacilaba en darle un puñetazo que no llegó a más.— Has sido tú el que nos ha vendido puto espía.

— No tienes pruebas de ello, solamente lo insinúas por haberme visto conversar con personas que hoy en día trabajan para el gobierno— dijo Francis con tono chulesco.

— Sabes perfectamente que no hacen falta más pruebas— le contestó agarrándole de su pelo rubio y liso mirándole fijamente a sus ojos azules del mismo color del cielo—. Justo cuando tú desapareces, casi nos atrapa la policía con las manos en la masa. Y para el colmo, investigando un poco, tenías una segunda casa donde allí tienes a tu preciosa mujer y a tu hijo, de los que desconocíamos su existencia.

—Hijo de ... Como les toques un solo pelo... ¡ Te arrepentirás!— le contestó escupiéndole sangre en la desfigurada cara de Yegor.

—No ha hecho falta,— dijo limpiándose la cara— no estaban en casa cuando tu ex compañero Stan la visitó y no necesito más pruebas para pensar que eres un agente encubierto porque encontramos documentos del gobierno comunicándose contigo donde preguntaba por nosotros. ¡¿ Te crees que somos estúpidos pedazo de mierda?!— dijo terminando con un puñetazo en la boca del estómago de Francis que hizo que le brotara sangre de la boca.

— ¿Y si ya lo sabes porque estoy aquí Yegor ?— comentó con ausencia de aire en los pulmones por el puñetazo que acababa de recibir.

— Idiota. Nos conoces. Sabes que no podemos dejarte vivo y coleando por ahí con tu familia, ¿ verdad ? . Alguien tenía que pagar el pato y solo hay dos opciones : o lo solucionamos contigo o

con tu familia, y creo que los dos sabemos la respuesta.

En ese momento Francis echó a llorar pensando en su mujer Elsa y su hijo Ruslan, en si estarían bien o mucho peor, si esos malnacidos les habían hecho algo. Y eso no se lo perdonaría jamás por no poder hacer nada para protegerlos y estar con ellos. Debía haber hecho caso a los avisos que su mujer le había dado en más de una ocasión, tarde o temprano lo iban a pillar y sería demasiado tarde para actuar.

Volviendo en sí, Oliver apretó su pistola M—82 que tenía en la espalda sujeta por su pantalón vaquero azulado ya que la cartuchera la tenía en su casa.

Nunca le había gustado estar ahí abajo, no se sentía un hombre de ciencias sino uno que estaba hecho para la acción. Allá a donde pusiera la mirada, estaba repleta de aparatos científicos y probetas que jamás había pensado que la comisaría pudiera permitirse. Detrás de un par de mesas que ocupaban prácticamente todo el ancho de la sala blanca como el papel destacaba una cristalera de gran tamaño donde se encontraba la morgue evitándose así el olor a podredumbre y a un lado un reloj que marcaban las 13:15h.

Sobre un rincón de la mesa más cercana a sus dos compañeros y a él, estaba Fernando Peña con la mirada en el microscopio observando a saber que, con su pelo canoso y su cara arrugada casi que cualquiera diría que tenía unos setenta años. Vestía la típica bata blanca que utilizan los médicos y científicos, cosa que él formaba parte del segundo. No era muy alto, más bien casi de la altura de Carlos, un poco más de metro sesenta y unos ojos de color miel tras sus gafas redondas y blancas que destacaban sobre su piel morena.

No se percató de la presencia de los inspectores hasta que Carlos rodeando la mesa se puso a su lado colocando su mano sobre el hombro de Peña. Este sorprendido dio un salto del taburete donde estaba sentado quedándose pálido del susto. Observó meticuloso a los presentes con la extrañeza de tenerles ahí dado que aparte de él únicamente bajaba su compañera Julia Fuentes, que estaba en su horario de descanso ya que normalmente eran ellos quienes subían a los departamentos a entregar los informes obtenidos de los estudios de las pruebas o de las autopsias de los cadáveres.

— ¿A qué se me da el honor de tenerles aquí? — dijo Peña alzándose las gafas a una posición cómoda.

— Perdón si le hemos molestado, — contestó López acariciándose su barba larga— pero queríamos preguntarte si podrías analizar estas pruebas y ver si existe alguna conexión entre ellas.

— Tranquilos, solamente estaba realizando un estudio personal para una publicación mía sobre los microorganismos.

— Esto es lo que tiene que analizar doctor— dijo Torres dejando sobre la mesa el frasco y la aguja.

— Me alegro de verle de nuevo por aquí Torres — sonrió—. Aunque permítame decirle y sin que le moleste, que está usted para darse una buena ducha y hacerle una visita al esquilador igual que tú, López— añadió mirando a los dos.— Dejarme una hora y veré que puedo hacer.

Sin nada más que decir se despidieron de Peña agradeciéndoles su tiempo con un movimiento de cabeza como si se despidieran o vieran al rey Juan Carlos en persona. Fijándose en la hora y dado que no habían comido nada al desaprovechar la oportunidad de hacerlo en Sagunto antes de la visita al abogado, cosa que se agradece, no habrían averiguado lo que ahora saben sobre el caso.

Subieron por el ascensor y salieron hasta la entrada de la comisaría para ir al bar de la calle de

enfrente y comer hasta llenar sus estómagos vacíos. Fuera del bar se encontraba la pizarra con el menú del día.

*Menú del día:*

*Primer plato — Paella valenciana*

*Segundo — Migajas de pan*

*Café o Postre*

Por la mente de Oliver solamente recorría un pensamiento, el de atrapar al asesino. Aunque también por el reflejo de la cristalera del bar pensó en que Peña tenía razón, le hacía falta una buena ducha y despejarse un poco de todo aquello, después de tanto tiempo ya estaba empezando a cansarse de ir un sitio a otro.

Tras 45 minutos de comilona y ya con el estómago lleno marcharon de nuevo a la comisaría a visitar de nuevo al doctor Peña a ver si tenía alguna buena noticia que darles y proseguir con el caso. Dado que el bar donde estaban daba a la parte trasera de la comisaría se encontraba la cochera para la descarga de fallecidos o el traslado a sus respectivos tanatorios para las visitas familiares, vieron entrar a un furgón imaginándose que podría ser que transportaba el cadáver del abogado.

En la puerta de la comisaría estaba el comisario Molina con el teléfono en la oreja y en la otra un cigarro a medio terminar y con la misma cara de enfado que tenía hace un par de horas. Oliver dudaba que fuera por lo ocurrido con el abogado, debía de haber pasado algo más y se esperaba lo peor. Con un saludo con la mano en alto los llamó para que se acercaran a él guardándose el teléfono en el bolsillo de su chaqueta. No parecía que fuese a dar buenas noticias.

— A vosotros quería ver.— dijo rascándose su cabellera—. Tengo dos noticias, una mala y la otra no tanto, cosa que tanto como a mí, no os va a gustar nada.

— No ha muerto nadie más, ¿verdad? — respondió López.

— En absoluto. Pero por ahí van los tiros.

— Pues díganos, queríamos ir a ver al doctor Peña a ver si ya tenía las pruebas realizadas.— siguió López mientras sus dos compañeros permanecían callados intrigados por lo que iba a comentarles el comisario.

— La primera mala noticia es que nos han dejado fuera del caso, ya no podemos hacer nada, el caso pasan a estudiarlo y resolverlo la brigada de homicidios— añadió Molina tirando su cigarrillo consumido.

— ¡¿ Qué ?! ¿ Hablas en serio ? — preguntó Carlos que hasta ahora permanecía callado. — Este caso nos pertenece. No es justo.

— Sí, y muy en serio que hablo, pero lo segundo no tan malo, es que han elegido a Torres— continuó el comisario— para que se una a la brigada para continuar investigando el caso. Tendrá total acceso a todas las pruebas y testigos ya que le han asignado a él, el caso.

— ¡¿ Sólo a él ?! Si ni siquiera lo veo preparado para esto.— dijo López alzando la voz— ¿ Y qué va a pasar con nosotros? ¿ Tendremos que esperar sentados en nuestra mesa a que se abra un nuevo caso?

— Sí, solo a él. Pero como he dicho, Torres está al mando del caso, solamente deberá acudir a nosotros para que le prestemos nuestra ayuda cuando la necesite. Y... escucha — dijo dirigiéndose a Oliver— tienes que reunirte mañana con la comisaria María Hidalgo en la brigada a las nueve de la mañana; por favor no hagas tarde, tu puntualidad sumará prestigio a nuestra comisaría, y sólo así puede que nos reintegren en el caso.

— Cuenta conmigo comisario, y gracias por su apoyo.

— De nada inspector, y ahora váyanse a ver a ese loco del laboratorio y vean que pueden averiguar. Y vosotros dos — dirigiéndose ahora a López y Martínez — no rechistéis, no estamos en la escuela.

— Sí señor.— dijeron los tres al mismo tiempo.

Oliver no podría creerse lo que acababa de suceder, lo habían asignado en la brigada de homicidios y aún más increíble, el caso. Aunque, no hiciera ni más de ocho horas que se sentía de bajón, ahora tenía la motivación suficiente como para continuar con esto, pero su voz interior resonaba en su mente preguntándole si de verdad lo estaba o simplemente estaba actuando sin voluntad propia. Agitó la cabeza a los lados y apretando los párpados con fuerza queriendo quitarse esos pensamientos negativos de encima como si eso fuera a funcionar. Como si hubiera perdido el control del espacio—tiempo había olvidado por completo que estaba en plena calle y al lado tenía a sus dos compañeros observándole con extrañeza, de los cuales pensó que estarían comentando que no estaba preparado para llevar este caso y lo que conlleva sobre sus hombros.

El doctor Peña estaba moviéndose de un lado para otro de la sala actuando con nerviosismo. Era muy extraño verlo así a la persona más tranquila que había en toda la comisaría. Algo lo hacía actuar así y los inspectores plantados en la puerta del laboratorio observando con asombro al doctor estaban comentando entre ellos si tendría que ver con lo que había descubierto de las pruebas. Cuando Peña consiguió verlos, corrió hacia ellos y sin decir una palabra volvió corriendo a la mesa donde estaban las pruebas junto a unos documentos. El ambiente estaba cargado de preguntas y de pocas respuestas al menos hasta ahora.

— Increíble. Increíble. — dijo Peña asombrado removiendo los documentos de la mesa.

—¿Qué ocurre doctor?— empezó Torres adelantándose a sus compañeros que aún estaban atónitos.

— Verá inspector, teníais razón, las pruebas coinciden.— continuó el doctor— Hace menos de media hora que han depositado el cuerpo del abogado y quise matar dos pájaros de un tiro, así que analicé el pinchazo que comentaban en el informe como el presunto causante de la muerte, y en efecto era así. Las tres pruebas coinciden en lo mismo: veneno de la rana *Phyllobates terribilis*.

— ¿Veneno de qué?— preguntaron los tres.

— Perdón.— dijo el doctor riéndose— Es el veneno que extraen los indígenas de la rana dardo dorado al calentarlo, es un veneno letal que usan ellos para las puntas de sus flechas y lanzas. Es muy letal, este veneno se llama *batracotoxina*, y esta impide la transmisión del impulso nervio.

— No te enrolles tanto doctor, o al menos díganoslo en cristiano.— interrumpió el inspector López.

— Si, si, disculpen otra vez. Este veneno actúa de inmediato, provocando en altas cantidades una parálisis con convulsiones del cuerpo entero y acto seguido la muerte. En definitiva, es muy muy letal.

Ya estaba claro, lo que Oliver planteó en la cocina del abogado se había verificado. El doctor les explicó que así al menos es como asesinaron a Delgado, y lo que debía hacer ahora por petición de Oliver es comprobar si Tomás tenía algún indicio de esta toxina en el metabolismo ya que él no presentaba ninguna perforación por un objeto punzante, lo que debían esperar un par de horas más para averiguarlo. Sin molestar más al doctor para que continuase con su estudio decidieron poner rumbo al despacho del comisario para comentarles lo que sabían ahora.

— Doctor, pruebe a estudiar el estómago o los intestinos del señor Tomás,— añadió Oliver casi cerrando la puerta del laboratorio— ahora que recuerdo, el abogado nos contó que horas antes del accidente, le dieron una cajetilla de chicles. Empiece por ahí.— continuó cerrando la puerta dejando con la palabra en la boca al doctor.

Estuvieron esperando en la oficina del comisario sus largos veinte minutos, en los cuales estuvieron planteando hipótesis sobre el asunto que acababan de averiguar. Si el cadáver del conductor mostraba algún indicio de la toxina, podrían relacionar los dos asesinatos con el mismo hombre que aún desconocían. Si eso era así, debían averiguar cómo han conseguido esa toxina aparte de la pregunta del millón, ¿tenía algo que ver en todo esto el cargamento que se transportó en el camión ?

Oliver despejando su mente miró el reloj de la mesa del comisario que marcaban las 15:35. Echaba en falta su cama, quería dormir y descansar de todo este asunto que tantos altibajos le habían provocado. De repente, provocando que los tres inspectores botaran del susto, sonó el teléfono de López. La llamada no llegó a durar ni un minuto, era el comisario, no iba a aparecer por la oficina hasta el día siguiente, tenía una reunión a la que asistir y después debía recoger a su hijo del colegio y les dio así la tarde libre.

Los tres asombrados, salieron de la oficina y se fueron cada uno por su lado, menos Carlos, que acompañó a Oliver para llevarlo a su casa.

Por fin en casa, pensó Oliver cerrando la puerta con sus dos cerrojos y dejando su placa y la M—82 en la mesita de la entrada, aunque esa alegría no le duró mucho al ver aquel desorden e hizo que volviera a sentirse de nuevo desganado como si todo lo ocurrido durante el día hubiera sido tan sólo un sueño, pero eso no iba a durar mucho; animado decidió arreglar su casa pensando que así también ordenaría los pensamientos negativos que tenía en casi todo momento. Después de unas dos horas interminables de trabajo, la casa estaba impecable, ahora sí, por fin iba a poder despejarse totalmente de todo con una buena ducha. Parecía otra persona, el pelo ondulado que solía tener había vuelto. Le marcaba muchísimo más las facciones de su rostro cuadrado. Dejando a un lado su vista en el espejo del baño, expulsó una bocanada de aire quitándose así, un gran peso de encima.

De repente, entre el silencio que había en la casa, se escucharon pasos detrás de la puerta de la entrada. Oliver sin pensárselo , con la toalla atada por la cintura dejando al descubierto su torso robusto, del cual se sentía a gusto con sus casi 37 años, salió corriendo para ver que podría haber provocado tal ruido. Agarró su pistola y abrió la puerta, pero... allí no había nadie. Excepto un sobre que se encontraba en el suelo que no vio hasta después de cerrar la puerta. Extrañado, abrió el sobre.

Era una carta.

*INSPECTOR TORRES, NO CONTINÚE.  
ESTO LE QUEDA MUY GRANDE.  
ATENTAMENTE, Y*

*29 de Enero de 1998*

Eran las 8:45 a.m. y Oliver ya estaba en la oficina de la brigada de homicidios. Se encontraba en una finca en el centro de Valencia cosa que le resultó cómodo porque sólo tuvo que coger la línea del metro. Era una finca particular, con sus vecinos con sus vidas y trabajos, pasando desapercibidos del mundo exterior. En la sala decorada con un color ocre horrible y con las paredes destrozadas, como si se encontrara en ruinas. Además, no había indicios de ningún electrodoméstico relacionado con el hogar, así como tampoco sillones ni muebles, excepto un par de mesas con ordenadores y librerías con archivos y documentos. Únicamente en la sala donde estaba Oliver, había un sillón que era donde se encontraba él esperando a la comisaria Hidalgo a que acudiera a su cita. En esta oficina se podía distinguir el olor a lavanda producido por un ambientador enchufado a una toma de luz situada en la entrada. Esta, era diferente al resto de la oficina, estaba aseada y limpia, así como otro par de librerías y una mesa a la que le recordaba a la del comisario Molina con su silla seguramente más cómoda que el sillón donde se encontraba sentado.

Puntualmente apareció la comisaria Hidalgo, por apariencia no más mayor que Oliver, se diría que podrían tener la misma edad. Con una larga melena dorada y un cuerpo que aun con la ropa que llevaba se veía esbelto se dirigió directamente hasta su sillón para sentarse. Lo primero que llamó la atención de Oliver fueron sus ojos verdes destacando de su piel blanquecina. Hidalgo empezó a remover los documentos que habían sobre su escritorio en busca de algo que el inspector desconocía, pero debía estar relacionado con lo que iban a hablar no muy tarde. Tras un momento de espera y de silencio la comisaria agarró un documento golpeándolo con la otra mano afirmando así que había encontrado por fin lo que buscaba.

Seguían en silencio y eso a Oliver le estaba incomodando, no sabía que hacer ni si habría la boca para decir algún comentario inusual ya que estaba empezando a rayarse y a sentirse incómodo notándose por su movimiento de vaivén con la pierna como si estuviera usando la máquina de coser que usaba su madre cuando rompía algún pantalón por jugar al fútbol.

— Buenos días inspector Torres.— dijo a Oliver que ya iba a soltar alguna palabra—. Perdón por hacerle esperar tanto. Supongo que el comisario Molina le puso al corriente ayer de la situación actual sobre el caso.

— Buenos días señora y si ayer justo al terminar vuestra llamada nos lo hizo saber a mis compañeros y a mí.— contestó admirando su voz dulce—.

— Comisario por favor, llámeme comisario, le recuerdo que estamos en horario de trabajo. Y bien, perfecto.— respondió la comisaria apoyando los codos sobre la mesa y apoyando su barbilla en una mano—. Únicamente falta que conozca una cosa de última hora.

— Dígame.

— Va a tener a un aprendiz, más concretamente a la inspectora en prácticas Adelaida Gómez— le comentó mostrándole el documento que anteriormente encontró entre la multitud.

— ¿Cómo? No me mal interprete, pero, ¿ no sería mejor que me ayudara alguien con experiencia en estos casos o alguno de mis compañeros de la comisaría?— preguntó sin ánimo de ofender a la comisaria con su propuesta mientras observaba de reojo el documento que le había dado.

— No le mal interpreto, puede que tenga razón; pero le recuerdo que usted ahora trabaja para mí y si no le gusta deje el caso y vuelva a su comisaría.— le contestó alzando mínimamente su voz—. Si está aquí ahora mismo en mi oficina es porque yo lo he permitido por votación de su comisario. Me comentó que eres el mejor inspector que hay en su cuerpo de policía y que tu estabas en aquel accidente que por lo que vemos y tenemos en los informes hay mucho más detrás, y yo acepté su opinión. Así que le recomiendo que respete la mía y cumpla mis ordenes igual como yo cumplo las de mis superiores.

— No quería ofenderle comisario. Solamente que...— atónito por como aquella mujer tan hermosa pudiera tener ese carácter mucho más impactante que la del señor Molina cuidaba las palabras que iba a decir pensándolas con anterioridad— ¿ Cuándo me puedo poner a trabajar?

— Así me gusta inspector .— dijo sonriendo con sus labios carnosos—. Su aprendiz y también compañera se encuentra en su antigua, por ahora, comisaría. Está haciéndole una visita al doctor Peña mientras tu y yo estamos aquí conociéndonos. Coja este teléfono,— aproximándose al lado de la mesa donde se encontraba Oliver— en él están los números de sus antiguos compañeros, así como el mío y el de la inspectora Gómez.

— Gracias comisario, no le quito un minuto más de su tiempo, me pongo al trabajo— dijo levantándose del sillón y cogiendo el teléfono que la comisario le había entregado—. Cuando tenga algo nuevo se lo haré saber.

— Perfecto, que pase un buen día. Ah... Inspector... Respete y enseñe a su compañera, no la subestimes.— le dijo volviendo su vista a sus documentos—.

Oliver se quedó parado de pie junto a la puerta por la que había salido de hablar con su nueva jefa guardándose el teléfono en el bolsillo derecho de su pantalón, no le llamaba la atención la nueva tecnología, su pensar es que todos estábamos mejor solamente con la radio; los niños se divertían más que ahora y aprendían mejor. Su interés estaba en el documento donde estaban los datos de su nueva aprendiz.

*Nombre y Apellidos: Adelaida Gómez De La Fuente*

*Nacionalidad: España*

*Lugar de nacimiento: Manises / Valencia*

*Año de nacimiento: 26/06/1972*

*Estado civil: Soltera*

*Hijos: 0*

*Cargo actual: Inspectora en prácticas de primer año.*

*Año de inicio en el CNP: 1993*

La foto de la inspectora no se distinguía bien era más bien una mancha sobre el currículo. Lo que más le llamó la atención era cómo había conseguido estar en el cargo de inspectora a esa edad, ya que a él mismo le costó un ojo de la cara conseguirlo y eso que todo el mundo conocía su intuición para resolver los casos. Dobló el documento de tal manera que pudo guardarlo en el bolsillo trasero del pantalón, acto seguido cogió su abrigo colgado sobre la percha de la entrada y

salió de la oficina. Cuando llegó abajo empezó a sonar el teléfono que le había entregado la comisario Hidalgo. En la diminuta pantalla podía leerse claramente Inspectora Gómez, extrañado apretó el botón de responder.

— ¿ Inspector Torres ? – sonó al otro lado del teléfono con una voz fina como si hablara con una muchacha adolescente.

— Si, dime que ocurre— contestó Torres sin molestarse a preguntar quién era, le parecía estúpido.

— Verá, acabo de salir de su comisaría de hablar con el doctor Peña, ya que usted estaba en la cita con la comisaria, quise adelantar las cosas— continuó con un tono sabiendo—. Ayer me pusieron al tanto de la situación y sé que pediste que estudiaran el cuerpo del señor Tomás...

— Por favor inspectora, no se enrolle, ¿ de acuerdo? – dijo Oliver cansado de que lo observarían las personas que pasaban por su lado cómo ocultaba el teléfono—.

— Sí, lo siento inspector. Verá, el doctor Peña hizo lo que le pidió usted, y tenía razón, en su intestino junto con las heces, había un rastro de batracotoxina. Así que el asesino de los dos cadáveres resulta que es el mismo hombre.

— Lo que suponía.— dijo Oliver alzando la vista al cielo que empezaba a ponerse nublado— ¿ Tiene usted coche ? ¿ Podría venir a por mí ?

— Sí inspector, enseguida acudo donde está usted. – dijo Gómez con tanta prisa que casi ni se le entendió y colgó sin más.

Oliver al guardar el teléfono, sacó del mismo bolsillo la nota que recibió la noche anterior observándola meticulosamente. Ahora todas sus sospechas estaban puestas en esa nota, ya sabía que el asesino del camionero y del abogado se trataba de la misma persona y que había empleado la misma sustancia para acabar con sus vidas, así que quien le hiciera llegar esta nota, o se trataba del asesino o de algún cómplice o posiblemente de algún niño al que le habrían pagado con unas cuantas pesetas. Pensando en todo aquello, recordó que no le había mencionado nada sobre la nota a la comisaria y según sus sospechas con lo que hacía un par de minutos acababa de presenciar, le esperaba un buen rapapolvo como si se tratara de madre e hijo. Otra vez aparecieron sus negativos pensamientos, ¿ Tendría razón el autor de esta nota? ¿ Esto le venía grande? Pensaba.

Al instante en el que empezó a chispear sonó el claxon de un Citroën C3 rojo granate, al ver que se detenía junto a la puerta de la finca donde se encontraba él y la oficina de la brigada, se imaginó que podría ser la inspectora que le habían puesto a su cargo. Así era, una voz salió del coche mencionándolo por su nombre, así que se acercó y subió al coche.

Observó a la inspectora, joven y atractiva con el pelo anaranjado y con los ojos azulados rodeados por un centenar de pecas. Oliver asumió que ya sabía porque esta había conseguido estar en prácticas para inspectora en tan temprana edad, con esa belleza podría conseguir lo que se proponía. Le recordó a su hermana pequeña Cristina, hace mucho que no sabía nada de ella desde que discutieron cuando descubrió que su novio estaba relacionado con robos y drogas y en más de una ocasión lo había llevado en su coche patrulla a dormir en el calabozo. Tenía ganas de volver a verla, pero sabía que tras lo ocurrido eso no iba a pasar.

En el coche surcando aquella tempestad que había aparecido en cuestión de minutos, solo se escuchaba el impacto de las gotas , el motor traqueteante y el ruido chirriante que producían las escobillas . Ninguno de los ocupantes había mencionado ni una palabra, ni para presentarse ni nada relacionado con el caso. Por la dirección a la que se dirigía la inspectora al volante no se dirigía a ningún sitio conocido o al menos eso pensaba. En ese momento la inspectora Gómez indicó a Oliver una carpeta sobre el salpicadero. Al abrirlo se dio cuenta de que se trataba de todos los informes relacionados con el caso, el informe del conductor, el del abogado y las

pruebas que encontraron. La inspectora volvió a indicarle , esta vez al informe del conductor, parecía que quería que lo leyese.

Abrió la carpeta cogiendo el documento y lo leyó mentalmente.

*INFORME ACCIDENTE A—7*

*Nombre y Apellidos : Tomás Asensio Garrido*

*DNI : 19767887—L*

*Fecha de nacimiento: 15/08/1947*

*Estado civil: Divorciado*

*Trabajo : Transporte de mercancías en vehículos pesados*

*Empresa: Hnos. Rodríguez, S.L.*

*CIF: B—1256898—J*

*Dirección: Pol.Ind. Picassent Nave 6.*

*Causa de la muerte : Presunto accidente por somnolencia y alcohol en sangre, actualmente contradicho con los estudios realizados por el Dr. Peña, descubriéndose batracotoxina en pequeñas cantidades, aunque suficiente para ser mortífero.*

*Hora de la muerte: 00:30*

*Último encargo: Valencia— Badalona, Badalona— Valencia. Transportaba grandes cantidades de crustáceos. 200 kg de langostino rojo. 150 kg de gambas, 230 kg de cangrejo y 55 kg de caracol de mar. Se conoce a través de su abogado, hizo un encargo posiblemente ilegal desde Badalona—Villarreal.*

Al leer el informe actualizado recientemente con bolígrafo, sabía por dónde iban los tiros, la inspectora Gómez se dirigía a la empresa donde trabajaba el señor Tomás para hablar con los hermanos Rodríguez de los que aún no sabían nada ni tampoco habían tenido el honor de conocer, aunque pensándolo bien, si supieran algo y no estuvieran metidos en el ajo, habrían acudido a testificar a la policía, aunque debían asegurarse y hacerles una visita. Empezó a llover todavía más fuerte cuando llegaron al polígono de Picassent y eso resultó incómodo, los dos inspectores estaban empapados de pies a cabeza junto a la entrada de la nave de los hermanos Rodríguez y con el frío que hacía no tardarían mucho en pillar un buen resfriado. Fue Oliver quien tocó varias veces el timbre a modo de melodía a quien acudió a abrirles un muchacho delgado y abrigado hasta los dientes, debería de ser un trabajador de ahí que recién estaba empezando a ganarse su dinero y conocer con su propia piel lo que todo adulto ha vivido. La inspectora Gómez se adelantó y pidió al muchacho que los acompañara hasta alguno de los hermanos Rodríguez, y este los llevó a un despacho minúsculo con dos sillas ,una mesa con su ordenador y un archivador con tres cajones, no había nada más allí e indicándoles que esperaran ahí. En menos de lo que canta un gallo, aparecieron los hermanos Rodríguez.

Eran idénticos, mejor dicho, gemelos, ambos le recordaban a Carlos, con su corta estatura y sus barrigas cerveceras. Tendrían alrededor de 60 años con un peinado similar al de los clérigos totalmente blanco y los dos iban vestidos con un mono azulado y completamente de grasa, seguramente los mismos trabajadores eran quienes reparaban las averías de sus camiones.

Estos ofrecieron a los inspectores una taza de café que ya tenían preparado en un termo y un par de toallas que sacaron del cuarto de baño al fondo del despacho y aceptaron con cortesía, no les vendría nada mal secar sus rostros empapados.

— ¿A que les debemos el honor agente? – preguntó el hermano que se situaba junto a la puerta.

— ¿Cómo lo sabe?— preguntó Torres girándose de la silla para dirigirse a él.

— Me lo dijo mi sobrino Ramón, el muchacho que os acompañó hasta aquí. Lo supo porque a usted se le marca el arma a través de la chaqueta— indicó señalando la parte posterior de la axila —.

— Entiendo.— contestó tocándose los tirantes de la sobaquera de cuero con intención de ocultarla mejor—.

— ¿Bueno van a decirnos que hacen aquí?— dijo el otro que estaba sentado sobre la mesa.

— Por supuesto. Verá, como bien sabe, hace dos días fue asesinado un ex trabajador vuestro, el señor Tomás, y queríamos preguntarle y que nos hiciera saber si vio algo sospechoso o algo inusual que hiciera antes de marcharse a realizar el viaje de ida y vuelta de Badalona— argumentó el inspector.

— La verdad es que no agente, el actuó normal, como todos los días, era un hombre trabajador. Después de su divorcio lo pasó muy mal y nosotros le prestamos ayuda, y él se ofrecía a hacer horas extras en el trabajo para no dedicarse a beber cervezas o pasarse horas en la barra de algún bar. – habló de nuevo el hermano situado sobre la mesa—Al tiempo le detectaron asma y por ello tuvo que dejar de fumar, aunque le tengo que decir que casi no lo consiguió hasta hace un par de semanas que se puso en serio, y nada más señores.

— Perfecto, y una cosa más, ¿podrían decirme vuestros nombres ?.

— Claro. Yo – señalándose el de la puerta— soy Enrique y él, Juan— señalando al de la mesa —.

Oliver reconoció que no habían hecho más que perder el tiempo. Fijándose en su compañera que al igual que él estaba empapada, la vio anotando a modo de guion teatral lo que se había estado hablando en la sala. Le temblaba la mano, y se imaginó que la muchacha debía de estar congelada así que le puso sobre sus hombros su abrigo de piel de color marrón claro, que, aunque estaba mojado por fuera por dentro se encontraba seco, y pensó que valió la pena las ocho mil doscientas pesetas que le costó como regalo mutuo para Navidad. La inspectora lo miró sonrojada y atónita como si nunca antes un hombre le hubiera hecho un acto caballeroso. En el momento en el que los dos hermanos iban a despedirse de los inspectores para volver a su trabajo, Oliver les ordenó que se detuvieran y estos asustados por el tono en que lo mandó, se voltearon sorprendidos para mirarlo.

— Una pregunta más por favor, ¿ pueden decirme a qué empresa estaba Tomás destinado a descargar su mercancía?— preguntó indicando a la inspectora Gómez a que siguiera anotando.

— *Pescatería Burret, S.L* – indicó Juan.

De nuevo en la oficina de la brigada de homicidios, Oliver y la inspectora Gómez se encontraban en la sala de conferencias para explicarles al resto de agentes la situación en la que se encontraban ahora. Gracias a la convicción que le dio minutos antes Oliver a la comisaria Hidalgo, entre los reunidos también se encontraban sus antiguos compañeros, el inspector López y Carlos, faltando únicamente Molina, que, de nuevo, estaba en una reunión de trabajo. La inspectora Gómez por petición de Oliver, era la encargada de explicar cómo iban a proceder con el caso y de dar las órdenes a los agentes para que también ayudaran a resolver el caso. Encargó a los antiguos compañeros de Oliver a dirigirse a Badalona, debían salir en media hora hacia Barcelona con el tren y allí les estaría esperando un taxi. El resto de agentes tenían que volver a la casa del abogado en busca de alguna pista que haya quedado en la zona del crimen y buscar entre sus contactos y documentos, a algún cliente insatisfecho que quería un ajuste de cuentas. Oliver observando el panorama en la sala, intuyó que algo grande iba a ocurrir. Este asunto no estaba hecho por una sola persona, mucho trabajo para uno solo. ¿Y porque acabar con el conductor, si él no sabía nada? ¿O acaso también formaba parte de esto y acabó saliendo mal? Habían muchísimas preguntas, pero la mayoría sin respuesta, no tenía nada en lo que basarse, pero lo que sí que tenía claro es que López y Carlos iban a lograr responder alguna de las muchas preguntas. Una vez terminada la reunión, Oliver se aproximó de nuevo a la oficina de la comisaria, pero ya no estaba allí, así que ordenó a un agente que pasaba por su lado a que llevase la nota que recibió la pasada noche al Dr. Peña en busca de alguna huella o pelo. Volvió a la mesa donde se encontraba la aprendiz a la que tenía que enseñar todo lo que sabía y la invitó a comer, aunque ya eran más de las tres de la tarde. Está encantada aceptó.

A las 18:30 el inspector López y Carlos ya se encontraban en la pescadería Burret. Avisaron a uno de los mozos de carga de su presencia y mientras esperaban en la entrada de la nave, salió una mujer con la bata azul al estilo de los cocineros, su pelo blanquecino y bien aseado, como si acabara de salir de la peluquería, pero lo contrarrestaba la bata completamente llena de sangre y en su mano el cuchillo carnicero que hizo que los dos inspectores apretaran el arma sobre sus cartucheras. Se presentó amablemente ante ellos como Pili y siendo ella la dueña de la pescadería. Evitando el encuentro con los inspectores dándoles una ojeada de pies a cabeza, sorprendida por el aspecto que tenían estos, uno totalmente calvo y una barba de vagabundo y otro que era rechoncho y más bajito con diferencia, estuvo contándoles que se encontraba en horario de trabajo y casi le era imposible complacer a los inspectores ante su visita inesperada a contestar a sus preguntas, y entre tanta excusa les invitó a acudir a su oficina en plena ciudad de Badalona a la salida del trabajo. Pero los inspectores se negaron ya que el taxi continuaba esperándolos a un par de metros y además debían volver a coger el tren de vuelta a Valencia. Sin más excusas que decir, aceptó en contestar a las preguntas.

— Gracias por atendernos señora— empezó el inspector López.— Será rápido.

— Eso espero, porque el pescado no se prepara solo— argumentó Pili cruzándose de brazos.

— Verá, no sé si aquí estarán al corriente, pero en Valencia estamos siguiendo la pista a una serie de asesinatos provocados recientemente. Y una de las últimas pistas nos ha traído hasta aquí. — dijo Carlos sacando la libreta y bolígrafo de su abrigo—.

— Ni idea— respondió Pili negando con la cabeza—.

— Lo suponía. Verá la noche del 16 de Noviembre, un conductor de la empresa Hnos. Rodríguez debía descargar aquí la carga que transportaba y queríamos saber si usted vio algo sospechoso esa noche, alguna caja que resaltara del resto.— le explicó Carlos.

— Ya me acuerdo, sí.— dijo Pilar— Me lo contó hace un par de días un compañero del señor Tomás lo que le había ocurrido, pobre hombre – continuó—. Siendo sincera, en ese momento yo me encontraba en mi casa y mi marido lo puede demostrar si lo deseáis. Esa noche si mal no recuerdo estaban solamente dos trabajadores, Xavi y Stanislav. Si queréis puedo llevaros a que habléis con ellos.

— Si es tan amable, se lo agradeceríamos.

Oliver y Gómez mientras comían, estaban contándose anécdotas personales que habían vivido en el cuerpo de policía. La joven sorprendió a su nuevo inspector jefe al mando de cómo ha conseguido llegar a estar trabajando junto a él a su temprana edad. Había atrapado hace un par de semanas a una banda completa de traficantes de cocaína ella sola, basándose en su intuición, cosa que hizo que se identificara mucho con la muchacha. No podía creerlo.

— Bueno, como dije, yo invito— dijo Oliver pidiendo la cuenta a uno de los camareros que pasaba cerca de ellos.

— Gracias inspector—contestó—.

— No hay de qué, pero llámame jefe o Oliver— añadió a modo de cortesía—.

— Vale Oliver.

— Bueno vayamos a la oficina a ver si traen algo nuevo para nosotros.

— Sí.

No pasó mucho tiempo desde su salida del bar cuando Oliver recibió una llamada de la comisaria Hidalgo. Al ver el nombre en la pantalla de su teléfono no le cabía duda que iba a estar cabreado con él respecto a la nota que había recibido, el Dr. Peña habría descubierto algo y como obligan sus reglas, todo debe comentarse primero a los comisarios al mando. Pero no fue así, cuando contestó a la llamada, la comisario alterada le dijo que se dirigiera rápidamente al hospital 9 de Octubre. Su amigo y hasta hace cosa de veinticuatro horas, su compañero de trabajo Carlos, había sido apuñalado de gravedad en su visita a Badalona. Increíble por lo que acababa de escuchar colgó el teléfono sin decir nada y corrió directo al Citroën que estaba junto a dos calles de donde se encontraban. Seguidamente la inspectora Gómez sin saber que estaba ocurriendo siguió a Oliver de cerca.

De camino al hospital Oliver le explicó lo ocurrido a Gómez, pero aparte de eso no surgió ningún tema más de conversación. Oliver estaba asustado, preocupado por su compañero, no podía estar pasándole esto a él, si algo le ocurría sabía con claridad que no iba a estar preparado para resolver este caso y el autor de la nota que recibió estaría en lo cierto, esto le venía demasiado grande.

La cabeza le daba vueltas, Carlos era su única familia que le quedaba, sus padres hacía meses que no los veía y tampoco es que se llevaran muy bien, nunca lo habían hecho. En un abrir y cerrar de ojos, aun con el silencio que había en el coche y los pensamientos que le rondaban por la cabeza, llegaron al hospital, ese establecimiento donde ninguna persona en su sano juicio quiere

ir. Allí en la sala de espera, en la ventanilla acristalada de atención al paciente, un hombre arrogante y amargado por la forma en que los había atendido, les dijo que Carlos estaba a punto de llegar al helipuerto del tejado, cosa que Oliver no entendía, de porque no lo habían atendido allí en Badalona.

Fueron minutos de infierno, no hacía más que dar vueltas y más vueltas por la sala, gruñendo y balbuceando comentarios inapropiados sin lograr vocalizar una sola palabra, mientras la inspectora Gómez lo observaba sentada en una de las infinitas sillas que había sin saber que hacer ni decir, no era por miedo a recibir algún insulto por parte de su jefe, sino porque sintiendo empatía, a ella no le gustaría que le dijeran una sola palabra en momentos así. Después de un largo tiempo, por el megáfono de la sala, nombraron a Carlos y en la habitación en la que se encontraba. Estaba en espera de cirugía, y eso no le trajo nada bueno para Oliver.

Una vez recorrido medio edificio con interminables pasillos a modo de laberinto, llegaron a la sala de operaciones y allí entre la multitud esperando a recibir noticias de sus familiares, parejas o amigos, estaba el inspector López, sentado en una silla apartado del resto, moviendo las piernas arriba y abajo, nervioso como nunca antes lo había visto Oliver.

Al ver ante sus narices a la pareja de inspectores, levantó la mirada que mostraba rabia al igual que sus puños cerrados con fuerza.

— ¡Joder!— gritó inconscientemente de estar rodeado por más gente—. No pude hacer nada...

— Tss...cálmese – dijo Oliver consolándose a sí mismo también.— Cuéntanos que ha pasado.

— Sí...— contestó normalizando su respiración—. Llegamos a la pescadería y conocimos a la dueña de la empresa, hasta ahí todo bien, sin problemas— resopló cogiendo una bocanada de aire de nuevo para tranquilizarse—. La cosa viene cuando nos presenta a los dos trabajadores suyos, Xavi y Stanislav; que estuvieron la noche en que Tomás llegó allí para descargar la carga que transportaba—volvió a coger aire—.

Interrumpiendo la conversación de los agentes, se interpuso ante ellos un doctor que empezó a decirles algo pero que al principio no constaban de que se encontraba junto a ellos, dado que no prestaban atención, solamente tenían oído para lo que les estaba intentando contar el inspector López.

— Señores, ¿ sois los compañeros de Carlos?— preguntó carraspeando—.

— Sí, ¿ qué pasa? – contestó Oliver preguntándole ahora a él—.

— A Carlos ahora mismo lo está operando el Dr. González— mirando a los tres inspectores sin saber a quién dirigirse—. Tiene el intestino delgado dañado por la penetración del cuchillo, así que después de la intervención pasará a estar en la UCI hasta que mejore y lo subamos a planta. Lo bueno de todo es que no retiraron el arma blanca y eso ha hecho que su compañero no haya muerto sufriendo un dolor inhumano y lento.— comentó añadiendo las palabras adecuadas para no alterar más a los inspectores—. Así que les pido disculpas por la tardanza, y pueden esperar aquí o si lo desean, y es favorable, vayan a la cafetería de abajo, la operación puede llevar una hora o más.

— Muchas gracias doctor... Muchas gracias.— dijo la inspectora.

Cuando el médico se marchó, las miradas de Oliver y Gómez se volvieron hacia López aun asumiendo lo que les acaban de decir. Se le veía más nervioso que antes y además su cara pasó a ser pálida, cosa que Gómez para prevenir que se desmayara allí, cogió la boina del inspector y la usó a modo de abanico. Cuando vieron que respondía bien, volvieron a retomar la conversación

pausada por el doctor, pero decidieron hacerlo en la cafetería ya que ni era lugar para hablar de ello ni asunto de los centenares de oídos de los presentes en la sala puestos en su conversación.

En la cafetería se sentaron en la mesa más alejada y arrinconada que había, evitando así el contacto con las voces que había allí. Ya los tres con su café servido y despidiendo al silencio que había entre ellos, Oliver habló.

— ¿Puedes seguir por donde estabas Iñaki?— le dijo con extrañeza al llamarlo así—.

— Sí, ¿por dónde iba?— contestó esperando a que le recordaran—.

— Se quedó por cuando ibais a hablar con los trabajadores de la pescadería— le dijo la inspectora.

— Cierto— afirmó—. Cuando nos presentó a Xavi y a Stanislav, la dueña, Pili, retomó su trabajo. El nativo de Badalona, Xavi, fue honesto y contestó a todas mis preguntas, aquel día no vio nada sospechoso y además tuvo que salir de urgencias porque su mujer se había puesto de parto— continuó repasando las notas de su libreta que había sacado al reanudar la conversación— y dejó al cargo de todo al ruso, y aunque todavía falta comprobar si lo que dice es cierto, no sospecho que me mintiera.

— Bueno, ¿pero ¿qué pasó con Carlos? Dime.— dijo Oliver interrumpiendo a López—.

— Nosotros decidimos interrogarlos por separado para que no interfirieran a prueba de sospecha y ver si los dos decían lo mismo— dijo— pero lo jodido vino después, cuando pasando como una mole a punto de abatir un muro, pasó el ruso corriendo a varios metros de donde yo estaba y Carlos siguiéndole. Me sorprendió todo aquello, riéndome mentalmente por lo que acababa de ver, una bestia corriendo y detrás de él un enano redondo siguiéndole tan rápido como jamás habría podido creer ver con mis ojos. Y cuando salí en su ayuda, me encontré a Carlos tendido en el suelo a un par de calles con el cuchillo clavado en su vientre, levanté la mirada para ver si por casualidad estaba cerca el ruso, pero nada, así que llamé a emergencias y luego a la comisaria Hidalgo y eso es todo— resopló cogiendo aire profundamente por lo rápido que dijo todo aquello.

Oliver y la inspectora estaban anonadados por lo que acababan de escuchar. Uno boquiabierto con una furia descomunal que sentía la necesidad de encontrar a ese tal Stanislav y saciarse con él a base de puñetazos y la otra igual de sorprendida, pero anotando en su bloc de notas cada una de las palabras que López iba diciendo. Terminaron de tomarse el café refugiados de la lluvia invernal que empezaba a caer en aquella cafetería del hospital viendo a los de fuera corriendo por lo repentina que llegó a ser. A la espera de recibir por imposible que fuera la llamada de la comisaria diciéndoles que habían atrapado al ruso, el inspector López se levantó de la mesa despidiéndose de los inspectores para acudir al comisario Molina y que este avisara a los familiares de Carlos.

Seguidamente detrás de este, los dos inspectores fueron de nuevo a la sala de espera de operaciones.

Habían pasado hora y media desde que llegaron al hospital y en esa media hora, apareció de nuevo el doctor que les había atendido con anterioridad indicándoles que a Carlos iban a llevarlo a la UCI en cuanto despertara de la anestesia; y que después de todo la operación había salido bien, cosa que Oliver agradeció desesperadamente aquellas palabras, pero con preguntas que aún no podía hacerle a su fiel compañero.

Sonó el teléfono de Oliver. Sin fijarse en quién era contestó la llamada.

— ¿Sí?— preguntó saliéndose al pasillo exterior de la sala—.

— Oliver, soy López— dijo rápidamente—.

— Dime.

— Lo tenemos. Tenemos a ese hijo de... — se calmó—. Se llama Stanislav Czejkowski, un ruso de parientes polacos. Tiene 34 años, ex convicto desde hace 4 por robo a mano armada aquí en España. Lo pillaron con un cómplice llamado Aleksei no sé qué. Lleva desde esos 4 años trabajando para Pili en la pescadería— continuó— y hasta ahí todo lo que se. Ahora está en búsqueda de captura en Badalona y alrededores por si lo ven.

— Ese maldito cabrón lo va a pagar caro, la cárcel le parecerá el cielo.— dijo Oliver apretando los dientes con fuerza—. Cuando sepas algo más llámame— y colgó—.

Volvió a entrar en la sala para ir hasta la inspectora a la que le redactó lo que debía anotar y saber. Esta con fin de calmarlo le propuso la idea de ir a la planta de UCI para ver si los médicos les informaba de algo nuevo. Así que eso hicieron. Por la mente del inspector, y compañero del ingresado por gravedad, corrían un millón de torturas a las que hacerle a Stanislav en cuanto lo tuviera delante y a solas, cosa que era imposible ya que los demás presentes se lo impedirían. Apretando más y más sus puños por la rabia que le recorría por las venas de su robusto cuerpo y ajeno a la presencia de una inspectora de la cual debía hacerse cargo como si fuera una hermana suya apartada de él para no entrometerse en sus ideas, se presentó una celadora que acababa de tener una conversación con el cirujano encargado de la operación de Carlos.

Sus palabras exactas fueron « El doctor ha dado permiso para que habléis con el paciente. Sólo diez minutos.»

*30 de Enero de 1998*

No podía creer lo que veían sus ojos envueltos de lágrimas. Su compañero detrás de la cristalera que los separaban, estaba rodeado de máquinas que supervisaban su estado y de tubos que controlaban la llegada de oxígeno a sus pulmones en una sala exenta al resto de pacientes. Sentía los músculos tensos, sin saber que hacer bajo sus impulsos de odio, no podía dar un ni un paso, estático, se veía envuelto de una neblina en el que solo podía ver a Carlos aún con las voces que sonaban a su alrededor.

La inspectora sorprendida al ver a su jefe, un hombre al que por su apariencia varonil resultaba extraño verlo tan decaído. Con intención de ayudarlo lo llamó varias veces sin recibir respuesta, lo único que podía hacer era dejarlo solo.

Al despejar su mente y secarse las lágrimas de su rostro entró en la habitación. Todavía seguía sin poder creer lo que veían sus ojos, jamás pensó que en la profesión que había escogido emplear llegaría a presenciar tal cosa. Se plantó al lado derecho de la cama donde yacía Carlos, del que no sabía con exactitud de si sabía de su presencia hasta que esté con movimientos torpes y lentos, se retiró la mascarilla de oxígeno.

—¿Has visto a un fantasma?— le dijo Carlos con dificultad—.

— La verdad es que aún no sé ni lo que veo— le contestó volviendo a derramar unas cuantas lágrimas de alegría.

— El doctor vino hace un rato cuando desperté— tosió— y dice que me pondré bien. Solamente necesito reposo.

— Me alegra escuchar eso compañero— le dijo Oliver apoyando su mano sobre su hombro.

— Supongo que vendrás para saber qué pasó.

— Sí, solo tenemos diez minutos y debo dejarte descansar.

— Está bien. — dijo Carlos mientras se sentaba cómodamente sobre aquella cama.

— Si prefieres puedo esperar en otro momento — le propuso al verlo tan débil y atontado por la anestesia que aún debía estar haciendo efecto.

— No, tranquilo.— le dijo moviendo la mano— A ver... Cuando me presenté ante Stanislav, nunca olvidaré ese nombre...

— Ni yo tampoco— lo interrumpió apretando los puños—.

— Bueno, como iba diciendo... El tío se puso nervioso y todavía no empecé a preguntarle, y eso me hizo sospechar que llevaría droga encima y le dije que no venía por eso, así que le conté lo de los asesinatos y el porqué de nuestra presencia allí, y en cuanto menos me lo espere me vi corriendo detrás de ese gorila y a un par de calles, en una esquina, sin tiempo a percibirlo, me atravesó el estómago con un cuchillo y al segundo apareció López.

— ... — Oliver no podía decir nada, solo mostraba odio en su rostro enfurecido—.

— Ese hombre sabe algo Oli.— sorprendió Carlos al inspector al llamarlo así, hace mucho tiempo, desde la escuela para ser exactos, que no lo hacía—.

— Lo averiguaremos, ya tenemos sus datos, así que no tardaremos mucho en dar con él. Ahora descansa amigo mío. Cuídate, vendré a visitarte.— le dijo apretándole la mano y dirigiéndose a la salida de la habitación—.

Asimilando todavía lo que acababa de ver, frotándose los ojos y limpiándose las lágrimas restantes, se dio cuenta de que la inspectora no se encontraba en el pasillo. Recordó que le dijo algo, pero no el qué, así que allí ya no tenía nada más que hacer, debía dirigirse a la oficina de la brigada para organizar el arresto del ruso.

! Piii, piit !

Para su sorpresa, en la entrada del hospital estaba la inspectora esperándolo en el Citroën. Subió al coche y de nuevo llegó el silencio.

En la oficina no había ni rastro de ningún agente, pero al entrar en la sala de conferencias vieron que allí estaba todo el personal de la brigada, incluidos la comisario Hidalgo y Molina e incluso el inspector López.

Todos los presentes estaban atentos a la presentación que estaba llevando a cabo la comisario sin recibir interrupciones. En la pizarra blanca sobre la que exponía la comisario, se podía ver una foto del ruso en el centro superior de esta, del que destacaba a su lado dos grandes símbolos de interrogación en rojo, de la cual se extendían dos flechas rojas hacia abajo a las respectivas fotos de los asesinados, Tomás y el señor Delgado.

Todavía no habían recibido ninguna respuesta de la policía de Badalona sobre el paradero del ruso, y eso hacía que Oliver al igual que el resto de agentes involucrados en el caso se vieran estancados, no había nada que hacer salvo esperar a la llamada. También otra mala noticia que recibió Oliver, pensando que aquel día no podría ir a peor, fue que el Dr. Peña se puso en contacto con la comisaria sobre la nota que recibió. Le pareció extraño que no le amenazara con sacarlo del caso por haberle ocultado dicha prueba, aunque no tuviera ni huellas ni restos de un pelo para identificar el ADN.

Ya eran más de las doce. Así que, con el permiso de la comisaria, sin despedirse de nadie más, se marchó a casa.

Cuando llegó a casa cogiendo el metro, lo primero que hizo sin pensar fue dirigirse a la cocina para servirse un vaso de whisky, cosa que no terminó siendo solo un vaso, si no la botella entera de Doble—V. Entre copa y copa, no hacía más que pensar en el ruso, y del porqué acabar con la vida de dos personas, detrás de aquel accidente debía haber algo más, algo que todavía no sabía, pero juraba a voces que lo haría, por él y por su amigo ingresado. Fijándose en el mueble donde se encontraba la televisión, vio el bote de pastillas que le recetó el psicólogo acordándose de que hacía dos días que no tomaba ninguna y tampoco se había puesto en contacto con él; y si algo tenía claro, es que no lo iba a hacer.

Con una buena borrachera provocada por la botella de whisky ahora vacía, pensó en ducharse y despojarse de la ropa húmeda, del chaparrón, que llevaba todavía puesta, pero cerró la puerta de su casa y en cuanto entró en su habitación, guardó la placa y su pistola bajo la almohada, programó la alarma a las seis de la mañana y se durmió.

¡Ring, ring! ¡Ring, ring!

Adormilado, cogió el teléfono y con dificultad por la oscuridad pulsó la tecla de contestar.

— Siento las horas Oliver, — sonó sin saber exactamente de quién era la voz— pero tenía que

llamarte. Soy Adelaida.

— ¿Qué quieres Gómez? – contestó grotescamente por interrumpir su sueño—.

— Lo tenemos. Han detenido a Stanislav. – le dijo —.

— ¿Cómo? – preguntó— ¿Me tomas el pelo señorita? – vaciló— No estoy para bromas. ¿Hace un par de horas no sabíamos nada de él, ni de donde vive, y me vienes a decir que está detenido?

— Sí Oliver, — le dijo a modo de que la creyese – lo han detenido en la pescadería donde trabaja. Habían unos agentes vigilando por las afueras por si aparecía y ¡pam!, dieron con él. Y según han informado parecía que esperaba a alguien.

— Ese hijo de puta, — bramó creyendo lo que la inspectora le contó – se las va a ver conmigo. ¿Lo están escoltando hasta aquí?

— Sí. Pero hasta al medio día no tenemos permiso para interrogarlo. Así que nos toca esperar.

— Mierda. Bueno inspectora, descanse, va a ser una larga mañana. Adiós y gracias.

— De nada Oliver, hasta luego – y colgó—.

No podía creerlo, ya lo tenían. Del nervio por la noticia, no volvió a pegar ojo, se fue a la ducha y allí calmando sus ideas violentas se pasó una hora mientras tarareaba la canción ¿Who can I be now? De Men At Work que sonaba en la radio y pensaba en Carlos.

Pensó en todo lo ocurrido hasta ahora.

Un accidente. Dos muertos.

Un sospechoso y él.

\*\*\*

A las seis de la mañana, se presentó en la UCI. Esta vez tuvo que coger el Seat León, que lo había tenido muerto desde que salió del taller tras el accidente. Allí de pie observando a su amigo durmiendo plácidamente por los calmantes que le estarían dando comenzó a divagar por su mente anécdotas de cuando patrullaban las calles. Lo primero que le vino a la mente entre muchas aventuras con el coche patrulla, fue cuando una noche, exactamente no se acordaba que día, pero sí del mes, abril; estaban relajadamente en su coche y de pronto recibieron aviso por radio de una pelea en un bar. Al acudir a él, vieron el panorama de dos borrachos peleándose con el dueño porque este decidió no servirles más bebidas alcohólicas. Ninguno de los dos beodos acertaban ningún golpe, bueno sí, los suyos propios con las caídas que tenían y luchando contra algo que les impedía levantarse o eso gritaban ellos ¡aparta, aparta! Oliver graciosamente se reía solo, y avergonzado por si alguien lo estaba viendo miró de lado a lado.

Entró de nuevo en sí, y ya que no podía entrar a verlo, dio camino a hablar con el enfermero que estaba de turno en un mostrador del pasillo contiguo a la habitación de Carlos ,y le preguntó por su estado, al que este contestó amablemente que seguramente hoy lo subían a planta y podría recibir visitas en el horario establecido por el hospital. Impaciente y nervioso, daba paseos por los pasillos del hospital tratando de mantener en blanco la mente, no quería pensar en lo que podía pasar en cuanto tuviera delante al ruso que tantos problemas le había causado en un día y puede que el causante de las muertes y del accidente que le había provocado neurastenia o eso es lo que le dijo el psicólogo que tenía.

Dieron las 7 y no recibió ni llamadas ni nada preocupante sobre el estado de Carlos.

Dieron las 8, y estando en las mismas desde hace dos horas, decidió irse a la oficina de la brigada, a estudiar las preguntas que le haría a Stanislav.

Media hora después, en la oficina, se notaba la excitabilidad en el ambiente. Incluso a esas horas estaba completamente llena de agentes, y ninguno de ellos había ido a almorzar,

simplemente se alimentaban a base de cafés. La inspectora Gómez se plantó ante Oliver cuando entró a la oficina para notificarle que la comisario quería verlos a los dos en cuanto llegara. Hidalgo estaba sentada en su silla con las piernas cruzadas y los codos apoyados en la mesa entrelazando los dedos y les pidió que se sentaran.

— Buenos días inspectores – saludó—.

— Bueno días – contestaron los dos—.

— Inspector Torres, dígame, ¿ Ha hablado con su Dr. Díaz? – así se llamaba su psicólogo —.

— No, ¿ por qué ? ¿ Y cómo sabe usted eso ? – preguntó extrañado —.

— Yo lo sé todo de todos – dijo—.

— ¿Y qué pasa con eso? – volvió a preguntar acomodándose en la silla.

— Contando que hace unas horas ha presenciado una escena bastante emotiva y que hace solo un par de días que ha vuelto al cuerpo... — comentaba dando una pausa – No va a poder hablar con Stanislav, lo harán la inspectora Gómez y López, que en pocas horas estará aquí por petición mía.

—¿Qué? – no podía creer lo que estaba escuchando – Este caso es más mío que de nadie. ! ¡No me joda ahora con mierdas de psicología!

— Inspector le recuerdo que soy tu comisario y debe cumplir mis órdenes, aunque estas le jodan – le contestó alzando la voz y dando un golpe con la mano abierta en la mesa —.

— Me cago e...

— Jefa – interrumpió Gómez—.

— Dime.

—¿Habría la posibilidad de que Oliver contemple el interrogatorio a través del cristal espía? – preguntó mirando a su mentor y compañero desde hace poco más de 24 horas —.

— No hay ningún problema – dijo —. Eso es lo que esperaba de usted Torres, que se lo tomara con calma, usted no está en condiciones para interrogar al ruso. No quiero que cometa ninguna locura, así que queda vituperado del caso por ahora.

— Sí jefa – dijo Oliver apretando con fuerza los reposabrazos y los dientes —.

— Gracias jefa – dijo Gómez —.

— Ahora váyanse a preparar las preguntas, en poco tendremos aquí al sospechoso. E inspector, le recomiendo escribir para desahogar su ira y sus problemas, no lo vea como cosa de niños.

No podía creer que lo apartará la comisaria del caso, tenía tanta ira que sentía la necesidad de destrozarse todo lo que tuviera por delante. Suerte tenía de poder contemplar el interrogatorio desde la habitación contigua a la sala de interrogatorios y todo gracias a su alumna. Hacía poco que se conocían y había hecho más por el que cualquiera, sin contar a sus compañeros de la comisaría.

De repente un frío recorrió su cuerpo. No podía dar un paso sintiendo como se adormecían sus piernas.

Se desmayó.

Cayó desplomado golpeándose contra el suelo. La inspectora Gómez que estaba a su lado, acto reflejo al ver a su fornido compañero, que hizo que sintiera un temblor bajo sus pies, volteó al inspector y, agarró una impresora que tenía cerca estirándola de cuajo sin pensar en el cableado puso sus pies sobre ella quedándose así en alto.

— Oliver... Despierta... ¡¡ Oliver !! – dijo asustada y gritando —.

En cuestión de segundos, aparecieron la comisaria y el resto de agentes observando lo ocurrido que por el jaleo no escucharon el golpe de la caída. Oliver, completamente pálido empezó a

despertar sintiendo un enorme dolor en su frente, llevándose la mano a la cara en busca del responsable a aquel dolor, tenía un chichón del tamaño de una almendra. Era insoportable el dolor de cabeza que sentía además de no tener fuerzas ni para levantarse del suelo. Gómez lo abanicaba con una carpeta la cual pidió a un agente que le trajese un pañuelo y alcohol desinfectante, para que lo respirara el inspector; el truco de la abuela. Pasaron varios minutos hasta que Oliver pudo ponerse en pie y se sentó en la silla más próxima a él.

— Inspector, en cuanto se encuentre mejor, márchese a casa y descanse hasta mañana— le indicó la comisario —.

— Ni hablar... Enseguida estaré bien— contestó con cabezonería—. De aquí no me voy.

— Es una orden.

— No. Con todos mis respetos comisario, pero debo quedarme – dijo Oliver poniéndose una lata fría de Coca—Cola que le habían dado sobre el chichón—.

— Está bien. Pero de ahí no se levante hasta el interrogatorio.

Obedeciendo la orden afirmando con la cabeza, Oliver se quedó allí sentado. En esos momentos y a partir de ahora, su compañera Gómez, obtuvo una hoja en blanco de la mesa donde estaba él y con la reciente llegada de atónito inspector López al ver aquel enorme bulto sobre la frente de este, comenzaron a estudiar las preguntas que le harían al ruso, complaciendo así la necesidad de Oliver de participar en el interrogatorio sin su presencia.

Eran las once y cuarto cuando sonó el timbre de la oficina y todo el mundo miraron insólitos hacia la puerta ya que rara vez ocurría. Abrieron la puerta y allí estaba, el ruso custodiado por los dos mozos de escuadra. Era sorprendente la diferencia de tamaño del ruso con el pelo prácticamente a ras, en cuanto a los dos agentes. Era enorme, incluso más que Oliver; era extraño que no hubiera escapado, con tan sólo un empujón se hubiera deshecho de ellos enseguida. Al verlo, todo dolor provocado por el mareo desapareció convirtiéndose de nuevo en esa ira de la que no podía liberarse. Los tres recién llegados fueron directamente a la sala de interrogatorios y los participantes, Gómez y López, los acompañaron.

La comisaria Hidalgo que hacía compañía al inspector viendo al esposado Stanislav a través del cristal espía, puso en marcha el altavoz para escuchar lo que ocurría allí dentro. Estaba presenciando el mítico comentario popular de poli bueno y poli malo, la inspectora estaba sentada frente al ruso y López no hacía nada más que dar vueltas por la sala, imaginando que él también debía de estar repleto de ira.

— Stanislav Czejkowski , ¿ es correcto? – empezó amablemente la inspectora a modo de ganarse su confianza —.

— Sí – contestó con acento ruso —.

— Bien. Sigamos. ¿ Dónde estaba usted el pasado 27 de enero a las doce del mediodía?

— No me acuerdo. Trabajando en la pescadería.

— Y , ¿ el día 28 a la misma hora ?— volvió a preguntar —.

— Trabajando señorita — contestó sonriendo –

— Le aviso que será mejor que colabore, podemos acusarlo de doble asesinato y sabiendo que eres ex convicto no será difícil hacer que así lo crean los jueces – vaciló el inspector hasta ahora desentendido del interrogatorio—.

— ¿Más preguntas? – contestó de nuevo mirando fijamente a Gómez sin prestar atención al inspector.

— ¿Sabe por qué está detenido?— elaboró.

— Si, por escapar de un gordito enano que querría violar mi precioso culo – le contestó haciendo que el inspector López se acercara a él y lo cogiese por el cuello con fuerza—.

— Inspector márchese fuera – ordenó la comisaria activando el micrófono—.

— Estas muy confiado por lo que veo Stanislav, y no desearía incomodarte, pero hay varios agentes que acabarían con esto enseguida – indicó Gómez mientras el inspector se marchaba de la sala—.

— ¿Así ?¿El vagabundo que se acaba de ir y quién más? ¡Ah sí! Ya me acuerdo... El inspector Torres, ¿ verdad señorita ? – contestó envalentonado haciendo que todos los presentes quedaran boquiabiertos.

— ¿Cc... cómo sabe usted eso? – dijo Gómez.

— Yo sé muchas cosas señorita.

El ruso no participaba en contestar ninguna de las preguntas que le planteaba la inspectora, actuaba de forma inaudita sintiéndose invulnerable ante ellos. Ni siquiera prestó atención a las fotografías que le mostraba Gómez de los fallecidos, ni las del test de Rorschach, que solían usar normalmente los psicólogos para psicoanalizar la personalidad de alguien; en este caso un posible asesino, y así descubrir que le provocó llegar a tal punto.

Oliver fuera de sí expuso a la comisaria que le dejase a él entrar a hablar amenazando que lo haría de una forma u otra, le gustase o no. De igual manera se encontraba López que volvió a entrar a la sala donde estaban ellos dos no tenía derecho a hablar con Stanislav. Aquello parecía un patio de colegio, con gritos y amenazas disparadas al aire y la comisario la profesora que mandaba a callar a regañadientes a los dos inspectores actuando de manera infantil ante el asunto.

Dada por finalizada el interrogatorio por Hidalgo a través del micrófono. El ruso permaneció en la sala esposado, sentado con la cabeza alta y con una sonrisa de oreja a oreja, hasta que los dos mozos de escuadra que lo escoltaban tuvieron el permiso para llevarlo al calabozo a la espera del juicio que llevaba a cabo dentro de varios días por el apuñalamiento a un agente y no muy importante en relación, huir de la autoridad.

\*\*\*

Una hora más tarde ya tenían el informe escrito con determinación, detallando quien preguntaba y que contestaba el sospechoso, así como la hora de entrada y de salida, terminando con la salida del ruso y los escoltas de la oficina. Oliver enfurecido con todo y todos, fue al despacho de la comisaria abriendo la puerta de un solo golpe. Con su chaqueta de piel, el arma asomándose, vaqueros azules un poco ajustados, botas marrones similares a las militares, siendo tan alto y fornido; la comisaria se asustó al verlo en la posición en la que permanecía en frente de ella, como un toro a punto de embestir , con la cara de pocos amigos y frunciendo el ceño haciendo apenas visibles sus ojos. Se intuía a kilómetros que estaba completamente fuera de sí.

— Continuo fuera del caso, ¿verdad? – preguntó Oliver sin quitarle la mirada.

— Sí. Hasta nueva orden, seguirá usted fuera del caso.—dijo tranquilamente, pero con el pulso tembloroso—.

— Bien. Entonces... Haré las cosas a mi manera y no podrá pararme.

— No juegues conmigo Torres, puedo hacer que lo arresten y se quede un día en el calabozo hasta que se calme.

— Tranquila... Se me pasará. – dijo Oliver terminando con las intensas miradas fijas entre ellos marchándose con otro portazo—.

Para Oliver, aquel interrogatorio todavía no había llegado a su fin.

*07:00 am, 16 de Enero de 1998*  
*Polígono Industrial de Badalona Sud*

La tortura que le estaban proporcionando a Francis se terminó. Los tres matones habían cesado, aquello no los llevaba a ningún lado, el magullado y famélico postrado sobre la silla aún atado, no confesaba lo que querían. Hartos de ensuciarse las manos por una cucaracha, así lo llamaban ellos, decidieron dejarlo allí aislado del mundo hasta que el hambre, el frío o por deshidratación hicieran que hablara. No iba a durar mucho pensaban, con tales heridas en el cuerpo, el dolor acabaría con el de una forma u otra. Durante la tortura que duró horas, terminaron por dislocarle los dedos de las manos y arrancarle las últimas uñas que le quedaban y alguna que otra muela; si aquel hombre no era un espía, debía asimilar el dolor muy bien porque solo se desvaneció tres veces y solamente porque Aleksei le estaba atizando su cara hasta tal punto que apenas podía ver de dónde venían ni donde se encontraban sus secuestradores o como eran hace un día, sus compañeros.

Yegor y compañía partieron con el Lincoln hasta su paradero. Una chabola cerca del polígono que usaban para hacer negocios con traficantes de armas o estupefacientes. Ahí no había nada más que una mesa y un par de sillas entre cuatro paredes y un techo creado a base de planchas de hierro repletas de agujeros. Sobre la mesa habían un par de teléfonos y documentos, de los que destacaba el que portaba la foto de Francis y de su mujer e hijo. Yegor que no pasaba desapercibido allá por donde iba, no por su cicatriz, si no por su vestimenta deportiva y sobre el cuello un par de cadenas de oro macizo. Sus dos matones, a diferencia de él, iban bien vestidos, pero con el tamaño de sus músculos nadie se atrevería en su sano juicio a entrometerse en sus caminos. Aleksei estaba limpiándose el resto de sangre que había en sus puños y quemando la camisa que llevaba para que, si en algún momento dado todo aquello se iba al garete, no pudieran tener pruebas sobre él, de ahí que también llevara prácticamente el pelo al cero. Su compañero Stanislav, mucho más hablador que él estaba cabreado con Yegor por la misma discusión de siempre, nunca le dejaba a él hacer lo fácil, siempre debía encargarse el del trabajo sucio, borrar toda existencia de la persona que habían matado o iban a hacerlo.

El cabecilla de la banda, estudiando los documentos que encontraron en la casa de Francis, no detectó ningún indicio de que fuera espía ni de ningún nombre en clave o palabras cifradas. Ellos hacía años que no pisaban su madre Rusia, llegaron a España cuando eran bien pequeños a costa de sus padres, que prácticamente hacían lo mismo, se trataba de una mafia familiar, como decían los italianos, « todo sea por la familia ».

La verdad era que todo eso estaba rompiendo por dentro a Yegor. Le tenía un gran aprecio a Francis, lo había considerado su hermano, él lo entendía o eso es lo que creía, ya no sabe qué es verdad o falso. Lo que sucediera a partir de ahora sería cosa del tiempo, lo que tardase en declarar lo que quería saber dado que todas las pruebas iban en contra de Francis. No le gustaba hacer eso, pero nadie iba a romper, a destrozarse el imperio que habían creado sus antecesores, su padre subiría del infierno y le pegaría un tiro. Tenía que acabar con todo eso, pero no sabía cómo hacerlo; si no confesaba se vería obligado a zanjarse el asunto.

— Jefe, ¿ Qué vamos a hacer ahora ? – preguntó Aleksei.

— No lo sé... estoy pensando.

— ¿Qué más quieres pensar? – contestó —. Sé que te jode , pero todas las pruebas apuntan en contra.

— Lo sé ... solo que no quiero que sea así. Igual hay algo que no estamos viendo bien. – dijo Yegor tristemente.

— Jefe, él es un espía del gobierno ruso y su trabajo es infiltrarse en nosotros hasta que nos atraparán con las manos en la masa. ! Joder ; Y sabes que estoy en lo cierto! – bramó Aleksei intentando concienciar a su jefe acercándose a él .

— ¡Déjame joder! – señalándole con el dedo para que se callara.

— Como quieras ... Deberíamos ir a ver cómo está, no creo que este vivo...

— Cinco minutos ... te pido cinco minutos.

— Tú mandas jefe – dijo Aleksei indicando a Stanislav a que lo acompañara fuera de la chabola.

Solo, ante tantos pensamientos, cogió todos los documentos de la mesa y los hizo una pelota, salió fuera donde estaban los otros dos, sacó su mechero y le prendió fuego, quedándose estático y mirando fijamente cómo se consumía en cuestión de segundos. Se subió a la parte de atrás del Lincoln y seguidamente hicieron lo mismo Stan y Aleksei subiéndose delante.

Al llegar a la nave, ahora con más luz en la salita, estaba Francis con la cabeza tendida, parecía estar muerto, así que Yegor agarró la botella de agua y lo empapó. Este, incrédulo por cómo podía seguir vivo, empezó a gritar alocadamente por si alguien que pasara por allí lo pudiera escuchar, pero no fue así. Le propinó un bofetón en la mejilla dejándole la mano marcada en su cara hinchada y ensangrentada. Empezó a llorar mirando hacia el techo en busca de algún tipo de compasión por su Dios y que terminará con su sufrimiento. No podía soportar más aquel dolor y balbuceaba todo tipo de frases como acabar ya con esto, no sé nada, y más con la intención de que sus antiguos amigos acabarán con él. Yegor mirándolo, cogió su revólver y situándose a su altura, se la puso entre ceja y ceja.

— ¿Vas a decirme la verdad o no?

— ¿ De qué verdad estás hablando Yegor? – casi inentendible.

— No me jodas Fran. No juegues conmigo, estoy cansado y sabes lo que pasa cuando eso ocurre – dijo apretando más su arma contra su frente.

— ¡Qué te den joder! No sé nada.

— Veamos – dijo poniéndose de pie y golpeándose la cabeza con el arma en plan interesante y pensativo—. ¿ Me quieres decir que los documentos que tengo, y al Francis que vimos entrando en las oficinas de la embajada, no eras tú ?

— Yo...— paró sin saber qué más decir.

— Me lo imaginaba. Pues va siendo hora de que acabemos con esto, ¿ No te parece ?

— Yegor, yo...

— ¡¿Tú qué?! ¡No me vengas ahora con lloriqueos de mierda! ¡Sabias donde te metías si nos la jugabas! – dijo acercándose rápidamente hacia él poniéndole de nuevo el arma en la frente.

— Hazlo... Si yo muero, tú también – sonrió Francis.

— ¡¿Qué?! ¡¿Me estás vacilando?! Aleksei, — gritó— ven aquí y pégale un tiro.

— Hazlo tú... ensúciate tú las manos ahora – dijo mientras se situaba detrás de él.

— Otro que me toma el pelo... Está bien... Adiós amigo mío – dijo mientras rezaba al igual que Francis rezaba en poder ver a su mujer e hijo.

¡BANG! ¡BANG!

Dos tiros seguidos de un silencio total. Dos tiros en el pecho que acabaron con la vida de Francis. Yegor observaba la mirada sin vida de su amigo, viendo cómo en cuestión de segundos se había consumido al igual que el fuego lo consume todo a su paso. Tenía las manos temblorosas haciendo bailar el arma que sostenía, Aleksei se acercó para quitársela. Seguía mirando el cuerpo de Francis sin saber qué hacer, cómo si aquello fuera imposible de que hubiera ocurrido.  
¿ Había hecho lo correcto ? Se preguntaba.

Stanislav con mente fría, desató de la silla el cuerpo sin vida dejándolo tendido en el suelo y cerrándole los ojos. Francis por fin estaba descansando alejado de todo el dolor que le habían causado. Los dos gorilas esperaban la reacción de su jefe para ver qué hacían con él, pero no fue así. Sin embargo, cogieron un par de telas de plástico como el que usan los pintores para evitar ensuciar nada con la pintura, y envolvieron el cuerpo. Stanislav salió de la nave haciendo camino a la pescadería cerca de donde se situaba ellos, que es donde él trabaja, para encargarse de conseguir una caja para usarla de ataúd. Pasada la media hora, estaba de vuelta en la nave donde sus dos compañeros permanecían callados. Este indicó a Aleksei a que lo ayudará a meter el cuerpo en el ataúd, pero en ese momento Yegor reaccionó.

— Chicos. Hay que conseguir un transporte ya. Buscar alguna furgoneta o intentar sobornar a alguien para que se encargue de hacerlo – dijo.

— Sí jefe, — contestó Stanislav — ya tenía algo pensado. Esta noche viene un camionero a descargar en la pescadería y creo que tenemos que cargar también, así que podríamos intentarlo con él.

— Perfecto. Adelante – ordenó. Pero ya sabéis... no deben quedar cabos sueltos.

— Claro. — dijeron los dos al unísono.

Stanislav miró su Rolex que marcaban las doce menos cuarto de la noche. Acompañado de su compañero de trabajo Xavi, que no tenía ni idea del asunto que se iba a llevar a cabo. La jefa de los dos, Pili, que ya estaría a esas horas disfrutando de la estancia hogareña con su marido, les ordenó que prepararan todo el cargamento que debían cargar en el camión que llegaría a las doce. Eso ya lo sabía Stanislav de antemano, por eso con la ayuda de Aleksei antes de entrar a su turno de trabajo, camuflaron la caja donde estaba el cuerpo de Francis cubierto de hielo para evitar el proceso de putrefacción y unas cuantas rodajas de atún para el olor. Xavi o eso les pareció, pudo haberlos visto pero no se entromete en nada, simplemente se dedica a hacer su trabajo, sabe qué clase de persona es el polaco y con qué tipo de personas se relaciona, e inteligentemente no iba a entrometerse en sus caminos, apreciaba mucho su vida y aún más, la de su familia que lo esperaban todos los días en casa.

Puntual, apareció un camión, exactamente un Pegaso Troner plateado con el remolque totalmente blanco destacando escrito en rojo a sus lados Hnos. Rodríguez. Él conocía ese camión, no era la primera vez que venía, más bien casi siempre llegaba un camión igual o similar. En este caso era el de Tomás, un pobre hombre en depresión por el reciente divorcio con su mujer. Era el blanco perfecto pensó Stanislav, el fajo de billetes que le dio Yegor por la tarde, sumaban más de diez mil pesetas y sería extraño que no aceptara el encargo por tal suma, sería estúpido no hacerlo, solamente debía entregarlo sin ser curioso para ver qué había dentro, aunque curioso o no, todo no iba a ser bonito, ese dinero ya estaba con antelación, manchado de sangre. Una vez el conductor situó de culo el remolque en la zona de carga y descarga a base de movimientos de volante, Stanislav se dirigió hacia la cabina para abrirle la puerta por cortesía.

— Buenas noches Tomás — saludó Stan.  
— Buenas noches pol — indicó Tomás abreviando la palabra polaco por su apellido, aunque sabía que él era ruso.  
— Necesito que me hagas un favor.  
— Ya decía yo — mirándolo mientras abría las puertas del tráiler—. Tanta molestia por abrirme la puerta... Algo me olía yo.  
— Sí, bueno... — dijo ayudándole con las puertas.  
— ¿Qué quieres?  
— Necesito que cargues una caja de más y la dejes en Villarreal.  
— Lo siento chico, eso no va a poder ser — dijo mientras subía dentro del tráiler para coger el mando de bajar la rampa eléctrico.  
— Venga tío, además no lo ibas a hacer por mi cara bonita — le soltó mientras golpeaba su bolsillo del pantalón.  
— ¿Y qué tienes ahí ?  
— Solo si aceptas.  
— ¿Sólo hay que entregar una caja?  
— Sí, solo una — asintió —. Aunque es algo grande.  
— ¿Cómo de grande? — lo miró sospechoso.  
— Como yo más o menos.  
— Está bien. Cuando terminéis de hacer vuestro trabajo hablaremos. Yo me voy a dormir un rato.

El trabajo ya estaba prácticamente hecho. Solamente debía prestarle a Tomás su agradecimiento con una cajetilla de chicles que le dio Yegor. Sabía que debía de contener algún tipo de veneno de los bichos que le gustaba coleccionar e incluso a veces los usaba en sus torturas, como escorpiones y tarántulas, sobre todo esas, le encantaban. Xavi evitando los asuntos que se llevaban entre manos estuvo adelantando parte del trabajo, quería marcharse cuanto antes y estar con su mujer e hijos. Cuando marcaron en el reloj de Stan las doce—cuarenta vio cómo por fin Xavi se marchaba a su casa sonriente, por el favor que le hizo de quedarse él hasta que saliera Tomás de allí con su camión y se encargaría de cerrar la nave. En ese momento con ayuda de Tomás subieron la caja donde yacía dentro el cuerpo sin vida y al terminar, asegurándose de que nadie cerca de allí pudiera verlos con la acción que iban a llevar a cabo, como si fueran a traficar con marihuana o pastillas y evitar el contacto con el exterior, subieron a la cabina del camión.

— Bueno, dime, — empezó Tomás estirando su palma de la mano pidiendo su recompensa— ¿ Dónde tengo que llevarlo ?  
— Tú ves a Villarreal y allí nos pondremos en contacto contigo.— contestó sacando el fajo de billetes—.  
— No, de eso nada. Ya te puedes ir bajando. Yo mañana a mediodía quiero estar en mi casa — negó con la cabeza también—.  
— Está bien, pues ves a la carnicería de mi primo Vlad, — asintió cogiendo el mapa que había en el salpicadero — no tiene pérdida — indicando con un boli el lugar exacto .  
— Así sí. Perfecto amigo.  
— Gracias a ti — propinándole con el fajo de billetes —.  
— Pues a trabajar — dijo arrancando el camión —.  
— Espera Tomás. ¿ Te gustan los chicles de menta? — mostrándoselos—.  
— Sí, ¿por ?

- Estos pican muchos, anda quédalos tú.
- Ruso marica — dijo riéndose a carcajadas —.
- Ya verás guapete, ya verás... — dijo haciendo una leve mueca—.

Cerrando la puerta y dejando marchar al camionero, Stan hizo una llamada a Yegor diciéndole que el cargamento ya había sido enviado, aunque había un imprevisto y debían contactar con Vlad para que se encargue de terminar el trabajo. Y así lo hizo, todo ese embrollo estaba llegando a su fin.

\*\*\*

Tomás completamente exhausto por el viaje de cinco horas sin pausas hasta llegar a Badalona, decidió no hacerlo tampoco hasta Villarreal. Cogió la carretera N—340 por el que condujo durante cuatro horas aproximadamente. Sentía los párpados pesados por el cansancio, durante la carga y descarga en la pescadería no había dormido prácticamente por el ruido que producían los mozos al descargar las cajas y arrastrarlas por el remolque. Estuvo intrigado sobre qué demonios estaba transportando en el camión, pero viniendo del ruso, bueno no debía ser, solamente rezaba en cada tramo que daba con el camión de que no lo parara tráfico y le hicieran abrir el tráiler para que lo inspeccionaran.

Llegó a la entrada de Villarreal a las cuatro y cuarto; entre semáforo y semáforo en rojo se fijaba en el mapa las direcciones que debía tomar para llegar correctamente a donde Stanislav le había marcado la dirección de la carnicería de Vlad. La suerte estaba con él, había ganado diez mil pesetas por un simple envío, aunque sentía algo de culpabilidad por estar haciendo un acto ilegal. Al fin en la carnicería, situada en una avenida, aunque muy estrecha, suerte que a esas horas no había tránsito, solamente a lo lejos se veían las luces azules de los coches patrulla que tanto temía que se le acercaran.

Vlad, sentado en la puerta de la carnicería, era un tanto parecido a Stanislav, no exactamente igual de robusto, pero sí que daba el mismo estrago. Amablemente ayudó a Tomás a descargar la caja que le debía entregar y entrarlo a la pequeña carnicería hasta el congelador donde se encontraban tres pares de cerdos colgados boca abajo, un par de costillares de ternera, conejos y unos cuantos congeladores pequeños que no sabía que había, pero seguramente, embutidos o variantes que se vendan en esta carnicería. Una vez se marchó Tomás retomando su viaje de vuelta a Valencia, el carnicero al momento de abrir la caja tuvo que taparse rápidamente la nariz con su mano derecha por el fuerte olor que desprendía el cadáver ya en descomposición. Retiró los restos de hielo que quedaban y los filetes de pescado tirándolos a la basura, acto seguido hizo lo mismo con el cadáver totalmente rígido, frío y con un millar de marcas en el cuerpo, así como sangre por todas partes. Por orden de su primo Stan, debía deshacerse del cuerpo y él era el indicado. Colocó el cuerpo encima de la mesa de trabajo donde trocea la carne, cogió el cuchillo carnicero y se puso a asentar el filo con la chaira. Una vez lo vio bastante afilado, empezó a asentar golpes fuertes sobre las extremidades, empezó por los brazos y seguidamente por las piernas. Aquello era un río de sangre por todas partes, y más cuando abrió el cadáver como si fuera a realizarle una autopsia para despojarle de sus órganos vitales. Aquellas escenas eran asquerosas y violentas, como si se tratara de una escena de alguna película de terror al estilo viernes 13 e incluso de Hannibal, pero para el carnicero aquello no era más que su trabajo y estaba acostumbrado.

Era casi la hora de apertura cuando Vlad terminó de limpiar toda la carnicería de cualquier resto que hubiera del cadáver. Había metido en bolsas donde también tiraba las tripas de los

porcinos y demás, los restos que quedaban y que no podía triturar. El cuerpo había desaparecido, ahora mismo cualquiera lo confundiría con magro de vacuno. El trabajo había concluido.

Tomás para ausentar el sueño y las ganas de fumarse un cigarrillo que habían sido un vicio desde el divorcio con su mujer y alguna que otra visita al bar cuando tenía el día libre en el trabajo, cogió un chicle de los que le había dado Stanislav. Al principio pensó que debían estar caducados porque el sabor que tenía no era nada agradable y el tacto en la boca era pastosa, como si fuera uno de los chicles que masticaban los críos y tenían un líquido en su interior. Ya estaba cerca de llegar a Manises para dejar el camión en el parking cerca de su trabajo, había pasado la señal que indicaba que quedaban 15 km al adelantar a un coche por el carril central, cuando empezó a sentirse extraño. Empezaron a producirse una serie de escalofríos que hacían temblar sus manos agarradas al volante y por consecuencia el movimiento del camión. Después vino el mareo, todo lo veía nublado, ¿Qué le estaba pasando ? Eso no era cosa de la vigilia.

Su pulso se aceleró tanto, que en pleno invierno que estaban y a dos grados , su sudor empezó a brotar de sus poros de forma anormal , creía que iba a tener un infarto. De repente una serie de convulsiones hicieron que diese volantazo al camión hasta tal punto que no pudo controlarlo invadiendo el carril izquierdo de la calzada, vio como lo adelantaba un Porsche por el carril de en medio, no tenía control sobre su cuerpo, estaba prácticamente paralizado, y de nuevo otra convulsión haciendo que perdiera el control del camión yéndose al carril derecho. Observó un coche sin llegar a reconocer la marca, pero si a la mujer que conducía y en la parte de atrás a su hijo.

En cuestión de segundos , su camión y él estaban dando vueltas de campana perdiendo el conocimiento hasta que aparecieron los servicios de asistencia médica y tráfico.

Allí en el hospital después de los exámenes médicos le dieron una mala noticia.

El coche familiar estaba destrozado y por consecuencia, sus ocupantes muertos. En ese momento, su mundo su felicidad había llegado a su fin.

El interrogatorio le había parecido una burla de lo más aplastante. Por su culpa su amigo estaba ingresado y por poco no lo cuenta. No le parecía justo que hubiera salido impune de la oficina sin que el resto de agentes hayan dado la cara para sonsacarle lo que sabía. Estaba enfurecido con la comisaria Hidalgo, le pareció injusto que le retirará del caso y eso hizo que se cabreada demasiado. En su casa no paraba quieto andando de punta a punta de la casa, debía pensar en algo para poder hablar con el ruso, pero no sabía cómo ni cuándo, era prácticamente imposible aparecer por el retén y hablar allí con él, los agentes que lo estarían custodiando tendrían orden de no dejarle entrar. No tenía otro remedio que dejar que las cosas fluyeran sin él.

Para darse un respiro, pensó en ir a ver a Carlos así que cogió las llaves del coche junto con las de casa, al igual que su placa y arma y se fue. Se puso algo nervioso cuando se encontró en la puerta del hospital, ya que no tenía ninguna noticia sobre su amigo desde la última vez que lo vio. Esperaba verlo mejor para poder contarle lo que había pasado, además le vendría bien el despejarse y la opinión de Carlos. Preguntó en información a una mujer si todavía continuaba en la UCI, dándole la buena noticia de que por la mañana lo habían subido por fin a planta, exactamente al piso 2, habitación 14.

Allí estaba Carlos, reclinado en la cama con su bandeja de comida ya vacía, sobre una mesita elevadora que estaba retirando hacía un lado. Su cara de asombro al ver a Oliver fue graciosísima, tanto que el inspector aun con todo lo que le había pasado y con el chichón aun marcado sobre su frente, sonrió de oreja a oreja. Se acomodó en el sillón que había en el lado derecho de la cama, suspirando fuertemente como si hubiera gastado todas sus fuerzas en hacerlo. Carlos sospechoso de qué diablos le ocurría lo miró levantando una de sus cejas.

— ¿Quieres que te ceda el sitio? – le dijo golpeando la cama –. Creo que tu estas peor que yo amigo mío.

— No me vendría nada mal sabes... La cabeza me da vueltas – dijo Oliver tocándose el chichón—.

— Ya lo veo.– añadió riéndose— ¿ Me puedes decir qué estás haciendo aquí? Deberías estar en la oficina.

— Estoy fuera del caso. – dijo apoyando los codos sobre sus rodillas y poniendo la vista en el suelo.

— ¿Cómo? ¿Qué? ... ¿Qué ha pasado?

— Según la comisaria no estoy apto emocionalmente para este caso. Tenía miedo de que le diera una paliza al ruso en la sala de interrogatorios.

— ¿Y... eso es cierto? ¿No estas preparado?

— ¡Claro que lo estoy hombre! – dijo alzando levemente la voz mirando fijamente a su compañero—. Solamente que ella tenía razón, iba a destrozarle la cara a ese miserable. Y ahora ya no sé qué hacer.

—¿En cuanto a qué no sabes qué hacer? – dijo mientras inclinaba el respaldo de su cama con el mando—.

- En que esto no puede quedarse así, el tío ni siquiera contestó a las preguntas que le planteaban Gómez y López, cosa que él también tuvo que salir de la sala por orden de la comisaria, por poco lo estrangula— indicó moviendo ahora sus pies a modo de vaivén—.
- Vaya vaya, me imagino tu cara y no debería de ser agradable.
  
- Qué gracioso. – sonrió forzosamente mirándolo.
- Cuéntame exactamente qué ha pasado, tenemos tiempo de sobra.

Tardó más de media hora en ponerlo al día. Oliver detalló cada momento a la perfección desde el momento en que se despidió de él la noche anterior hasta tal punto que Carlos no podía creer todo aquello sintiendo empatía por su compañero al ser expulsado fuera del caso. Los dos quedaron sin palabras tras aquella conversación, pensativos ideaban alguna forma de poder hablar con el ruso sin que nadie de la oficina y sobre todo la comisaria Hidalgo, se enteren. Carlos estaba revisando todo lo relacionado con el caso escrito en el bloc de notas que Oliver le había prestado, leyendo y releiendo todo, una y otra vez. Hasta que vio algo en clave. El juicio que le iban a hacer al ruso, se llevaría a cabo dentro de 24 horas. Redondeo la palabra juicio y le entregó la libreta a Oliver, que estaba mordiéndose las uñas, como si eso le ayudara a pensar.

- Ahí tienes tu respuesta – dijo mientras le devolvía el bolígrafo.
- ¿El juicio? – preguntó al no saber por dónde iban los tiros de su amigo—. ¿ Y qué puedo hacer yo allí?
- Te lo tengo que decir todo , eh – contesto llevándose la mano a la cabeza.
- Puede. Con este chichón y los nervios que tengo, la verdad es que no puedo pensar con claridad.
- Escúchame con atención – dijo carraspeando antes de continuar hablando. Tú vas al juicio y cuando lo veas lo capturas y le haces hablar – terminó cruzándose de brazos y alzando la cabeza pareciéndose más sabio.
- Te has lucido compañero. Lo has dicho como si pareciese fácil hacerlo. ¿Cómo voy a capturarlo? ¿Estás loco o qué?
- No, no lo estoy – sonriendo. Debes buscar el momento oportuno y deshacerte de los hombres que lo estén escoltando.
- Se por donde vas, pero yo sólo va a ser imposible.
- No si buscas la ayuda que necesitas. Estoy seguro que más de uno estaría dispuesto a ayudarte.
- ¿Gómez? – preguntó dudoso.
- Puede , pero estoy hablando de López. Estoy seguro que él te puede ayudar.

Aquella idea iba formándose pieza a pieza en la mente del inspector, estudiado cada posibilidad de fracaso en el intento de secuestro. Había tenido la respuesta en su bolsillo todo el tiempo y con tanto jaleo era imposible que se acordara de que iban a celebrar un juicio. Ahora debía proponérselo a López y rezar para que este aceptara sin rechistar. Con entusiasmo abrazó a su amigo Carlos como si hubieran pasado meses desde la última vez que se vieron, y sin más cogió rumbo hacia la puerta de salida de la habitación.

Estaba en el coche pensando en si llamar a López o presentarse en la oficina, pero pensó que aquel no era lugar para idear un plan de secuestro, rodeado de tantos oídos que podrían delatarlos ante la comisaria. Así que le mandó un mensaje de texto.

*Deja lo que estés haciendo. En mi casa ahora. URGENTE*

\*\*\*

Ya estaban los dos en casa sentados en el sofá del comedor tomando un café irlandés para acompañar a la conversación que iban a tener. Oliver estaba repasando mentalmente las palabras exactas con las que explicarle lo que había ideado, gracias a la visita que tuvo con Carlos. El inspector jefe, estrenando un nuevo *look* de barba al estilo Van Dyke, que lo hacía muchísimo más presentable, estaba de los nervios. Ya le había dicho unas cuantas veces que desembuchara ya, porque su inoportuno mensaje interrumpió su romántica velada con un delicioso entrecot de casi un kilo, que le estaban preparando en el bar. Tan fueron sus nervios que le dio una colleja a la cabeza dura de Oliver para que espabilara.

Este reaccionando al golpetazo que hizo resonar el comedor y que quedaran marcados los dedos del inspector en su cogote, le explicó el plan con detalle sin dejarse nada por el camino.

- Tú estás loco, ¿verdad? – le dijo López levantándose del sofá. Eso es un plan imposible.
- Eso mismo le dije yo a Carlos, pero si te paras a penarlo bien, es la única forma posible para vernos con Stanislav.
- Ve a hablar con Hidalgo, discúlpate e igual tienes alguna posibilidad de que te readmita – le propuso con intención de marcharse y olvidar lo que Oliver le había dicho.
- Espera, no te vayas. Sólo tú puedes ayudarme, no tengo a nadie más, y tanto tú como yo, queremos que sufra.
- Sí, pero eso no va a salir bien, y nosotros seremos expulsados del cuerpo.
- No si hacemos que hable. Puede que nos retiren a los dos del caso, bueno a mí no, yo ya estoy fuera. Pero podríamos aprovechar esta oportunidad, porque una vez este entre rejas ya no habrá nada que hacer, y de aquí a un año por buena conducta ese hombre estará otra vez por las calles – le dijo intentando convencerlo.
- ¿Y qué propones?
- Bien. Según tengo entendido, primero empezaran el juicio sin la presencia de Stanislav a no ser que el juez la pida. Ese es el momento en que nosotros debemos actuar.
- ¿Y ya está?
- No.

La idea que Oliver terminó explicándole al inspector era de lo más descabellada. Su intención era conseguir de alguna forma, del laboratorio del Dr. Peña, un poco de cloroformo para adormilar a los escoltas; la parte difícil era repetirlo con el ruso, ya que ellos eran dos. La única manera de solucionarlo, por propuesta de López era contar con la ayuda de Gómez, aunque Oliver rechazó esa idea adelantándose al posible rechazo de su aprendiz. No sabía con exactitud si ella se negaría, pero no estaba dispuesto a que pasara por algún peligro o peor, que aquel acontecimiento hundiera su futura carrera de inspectora en el cuerpo de policía. Pero no perdía nada intentándolo, aunque sabía que, si algo salía mal y le ocurría algo, jamás podría perdonárselo. Así que cogió el teléfono y la llamó.

Para su sorpresa, la inspectora había aceptado, ella tampoco había quedado satisfecha con el interrogatorio, le pareció de lo más vergonzante y con palabras textuales, la comisaria Hidalgo

tampoco. Con el permiso de Oliver, acudió a su casa para acabar de explicarle como iban a proceder con el plan. Sabía por experiencia, que ningún plan, por muy estudiado y repasado, salía bien, así que debían prestar mucha atención a todo lo que ocurriera por sus alrededores que pudieran interferir en el momento de actuar. Con tal de satisfacer el apetito de los presentes, Oliver preparó un estofado para alimentar sus estómagos vacíos y entrar en calor.

\*\*\*

*31 de Enero de 1998*

El momento estaba cerca. El inspector López se encontraba en la entrada de los juzgados de Valencia, observando y notificando por walkie—talkie, al resto de involucrados. La inspectora Gómez, estaba acompañada de la comisaria Hidalgo, ya que ellas dos debían asistir al juicio para presentar las pruebas al juez con tal de acusar al ruso de posible asesinato, o al menos de aumentar la pena carcelaria de este.

Ella debía esperar la señal, o más bien a que el inspector López se presentara en la sala dónde se iba a llevar a cabo el juicio, y pedir cortésmente que le acompañara fuera con permiso de la comisaria, que estaría allí presente. Oliver de lo contrario, no estaba en los juzgados, sino en el laboratorio del Dr. Peña, inventándose una excusa barata con la que este cediera en prestarle un poco de cloroformo. No le fue tan fácil, ya que el doctor no era para nada tonto y se olía algo de lo que tramaba, pero al verse el inspector obligado a contarle su plan y el porqué, este aceptó en dársele sintiéndose un buen justiciero, siempre y cuando sonsacara, sea como sea, todo lo que sabía el ruso sobre los asesinatos cometidos.

Después de tener en su posesión el bote de cloroformo, y fijándose en su reloj, que se había puesto horas antes, ajustando la hora junto con López y Gómez; observó que no tenía demasiado tiempo. El juicio empezaba dentro de media hora, y con el tráfico que se acumulaba en las calles de Valencia por la gente que había terminado su turno en el trabajo, e iban a comer a su casa o algún establecimiento de comida rápida. El crono corría en su contra y debía darse prisa. Cogió la mochila que tenía a sus pies y salió como alma que lleva el diablo.

El inspector López había avistado el coche patrulla donde estaba el ruso dirigiéndose a la parte trasera del juzgado, para proceder a la inspección del acusado en busca de algún objeto punzante u otro con el que pudiera agredir a alguno de los presentes en el juicio o lo que ellos no querían, agredir a sus escoltas y así, huir. También pudo ver como la inspectora Gómez, acompañada de la comisaria Hidalgo, salieron del Citroën rojo y se les acercaba hasta su posición. Eso le indicaba que el juicio iba a empezar de un momento a otro y fijándose en su reloj y al entorno, no veía por ningún lado a Oliver.

— Buenos días inspector – saludó la comisaria.

— Buenos días señora – actuó caballerosamente retirándose la boina de la cabeza.

— ¿Nos acompaña? – dijo Gómez para evitar una posible sospecha de la comisaria en el momento de actuar.

— No, gracias – indicó negando también con la cabeza.

— ¿Espera a alguien inspector? – preguntó la comisaria.

— No, en absoluto señora. Solamente quiero permanecer aquí y ver que no ocurre nada con el ruso de camino a la sala.

— Esta bien. Nosotras nos adelantamos.

Aquella conversación hizo que el inspector empezara a sudar aun con aquel frío que hacía; las manos le empezaron a temblar, ocultándolas en los bolsillos de la gabardina rápidamente. En el momento en que las dos mujeres entraron por la puerta principal del juzgado, apareció de la nada y agotado intentando recuperar el aire, el inspector Torres. Él no era asmático, pero su respiración producía ese pitido típico de quienes lo sufren, y la cara prácticamente roja, la nariz junto con los labios, estaban agrietados por el aire cortante. Necesitó un minuto exacto para retomar el control de la respiración y humedecer sus labios con la lengua. Había llegado justo para proceder con el plan, el juicio debía de haber empezado ya y debían darse prisa antes de perder su oportunidad.

Primero entró el inspector jefe para afirmar la presencia del ruso fuera de la sala dónde se iba a llevar a cabo el juicio, en cuanto lo vio hizo la señal. Se recolocó la boina.

Era hora de actuar y todos sabían lo que debían hacer. Según las experiencias de los dos inspectores, normalmente, los acusados escoltados por la policía entran a la sala por un pasillo diferente por el que entran los demás presentes, así como jurados, testigos, policías o abogados. En ese pasillo es donde debía esperar Oliver mientras López se reunía en la sala con la inspectora Gómez y pedía su compañía, inventándose alguna excusa que no sonara inadecuada para la comisaria. Oliver, escabulléndose de las miradas de los abogados que lo podrían reconocer y sabía que tenían contacto con los altos mandos del cuerpo de policía, y de los agentes de seguridad, logró pasar desapercibido hasta la sala habitación de la limpieza. Allí dentro, abrió su mochila y sacó un uniforme prácticamente blanco, como los que usan los trabajadores de la limpieza, colocándose una gorra a conjunto. Se hizo con un carrito de limpieza que había en la habitación, lo que le vino de perlas para pasar mejor desapercibido ante la multitud y así no lo lograsen reconocer. Encendió la luz de la sala para tener más claridad, estaba locamente desesperado buscando un papel o algo con lo que poder untar el cloroformo, entre tantos giros rápidos de vista, localizó un par de bayetas amarillas, eso le serviría pensó. Sin pensarlo, abrió el bote de cloroformo y echó una cantidad al milímetro, que anteriormente en el laboratorio le explicó el doctor Peña. Con las dos bayetas listas, agarró el walkie y aviso a los demás participantes de que él ya estaba preparado.

Al otro lado del juzgado, estaba López que recién había respondido a Oliver, y tras la escucha, entró en la sala. El juicio había empezado, estaba el ambiente bastante ajetreado y se sentía la negatividad entre las cuatro paredes que formaban la sala de juicios. Entre la multitud logró localizar la cabellera pelirroja de la inspectora Gómez y dio paso a situarse junto a ella.

— Perdonad que les moleste – dijo sentándose al lado de la comisaria.

— ¿Qué ocurre? – preguntó asombrada por su repentina aparición.

— Necesito la ayuda de la inspectora.

— ¿Ayuda para qué? Inspector.

— Verá, me ha parecido ver algo sospechoso fuera del juzgado y quería asegurarme de que no es nada.

— Mmm... Llévesela, pero no quiero sorpresas. ¿Entendido? – dijo mirándolos a los dos fijamente a los ojos avisándoles.

Acto seguido, los dos encaminaron el paso hasta la posición donde esperaba Oliver para proceder a la siguiente escena del espectáculo. Para evitar sospechas, pasaron por todos los controles de seguridad indicándoles a algunos de ellos que habían visto un vehículo sospechoso por las afueras, para invitarles a servirles su ayuda. El inspector vio a los dos escoltas sujetando cada uno de ellos uno de los grandes brazos del ruso, rápidamente dio un empujón a la inspectora para que también visualizara el momento. Esta debía actuar con su cometido. Se acercó a paso

ligero hasta la posición de los escoltas, desabrochándose un par de botones de su camisa blanca para favorecer el escote de sus senos.

— Perdonad, — cogió aire — por favor, que alguno me ayude — dijo inclinándose colocando las manos sobre sus muslos para conseguir la atención de los escoltas hacia ella y su físico.

— ¿Qué ocurre señorita? — dijo el escolta más joven y por consecuencia, el que acabó fijándose delicadamente por cada centímetro del cuerpo de la inspectora.

— Necesito que alguno me ayude — volvió a coger aire mientras retiraba su inexistente sudor de la frente. Necesito que alguien me lleve al hospital, han ingresado a mi compañero — continuó mientras forzaba el llanto—

— Pepe, ¿ puedes continuar tu solo? — indico el escolta más joven.

— Claro. Ve tú, Miguel — afirmó guiñándole un ojo mientras devolvía la mirada a la inspectora

El inspector López, que estaba a unos diez metros de aquella escena tan bochornosa como graciosa, en la que pudo observar como una mujer con tan solo mostrar un poco de ella, tenía a sus pies un hombre sirviéndole como esclavo. Ahora le tocaba a él continuar con el siguiente acto, así que reanudo la marcha pasando de largo la posición donde estaba el escolta junto con el ruso, el cual milagrosamente no logro verlo, dejando atrás a la encantadora inspectora y al incauto escolta. Pero no logro llegar a donde estaba Oliver esperándole junto al carrito de limpieza, inesperadamente apareció el comisario Molina.

— ¿A dónde va inspector?¿Por ahí no encontrara nada más que la salida de emergencia? — pregunto sospechando la presencia del inspector.

— Verá jefe, estaba buscando el servicio — dijo. Y creo que me he perdido.

— ¿Enserio inspector?¿Esa es su excusa? Conoce igual que yo cada rincón de este establecimiento.

— Ya, es que el otro estaba completo y necesito ver el baño ya — contesto haciendo un gesto con la lengua asomando la punta de esta levemente de sus labios con la intención de que el comisario captara su indirecta.

— Ostias — dijo riéndose. Pues continúe recto y allí coméntale tu urgencia al guardia y con suerte le abrirá su baño privado.

—Gracias comisario.

Rápidamente se escabulló del inoportuno momento que casi lleva al traste el plan. Volviendo la vista atrás en busca de la inexistente presencia del comisario cerca de la salida de emergencia, retomo hasta sus pasos para encontrarse con Oliver, que le estaba haciendo gestos con la mano para que se diera prisa. Una vez juntos, pero a cierta distancia uno del otro para no levantar sospechas, pasaron por delante de ellos, la pareja de escolta y preso. Oliver tomando el papel de limpiador, estaba fregando el suelo del pasillo por donde estos iban a pasar, cuando estuvieron a la distancia prudente de cinco metros, el inspector López se aproximó hasta el disfrazado inspector. Este le dio una de las bayetas a López y aligeraron la marcha, los objetivos estaban cerca de la entrada a la sala de juicio.

Y entonces, ¡zas! El camuflado inspector Torres, agarró por el cuello al ruso con su bíceps atándolo con el otro brazo, haciendo la famosa llave “mata león” y así acercándole la bayeta a su nariz y boca, hasta que este se desmayó. Del mismo modo actuó López con el escolta, dejándolo inconsciente y apoyado sobre la pared como si estuviera sentado en el suelo echándose una siestecita, quitándole de su cinturón la llave de las esposas. Con gran esfuerzo y dificultad por el

voluminoso tamaño del ruso, lograron llevarlo milagrosamente hasta una sala contigua a la cual se estaba llevando a cabo el juicio.

- Joder Oliver, ¿y ahora que hacemos? – pregunto nervioso.
- Tranquilízate, no me pongas más nervioso a mí de lo que ya estoy. Pensemos en algo.
- ¿En qué? Dime. ¿En qué podemos pensar?
- Así no hay quien piense, cállate un momento coño.
- Vale...
- Eres peor que un niño cuando te pones así. – dijo Oliver mientras se paseaba por la sala.
- No tenemos mucho tiempo. Nos van a pillar.
- Espera... Creo que lo tengo.

El plan de fuga de Oliver era prácticamente imposible. Su intención era intercambiar su disfraz de limpieza con la que llevaba puesta Stanislav. Lo cual no le agrado nada al inspector, pero era su único método para, por quimérico que pareciera, lograr salir de allí sin que los descubrieran. Oliver, volvió a ponerse su vestimenta guardada en su mochila que llevaba en el carro de limpieza, y con ayuda de López, le colocaron conforme pudieron, el uniforme blanco al ruso y le retiraron las esposas. El aspecto que tenía Stan era admisible siempre y cuando no interviniera nadie que pudiera reconocerlo. Sin nada más que esperar salieron de la sala rápidamente antes de que apareciese alguien que los reconociera. Se dirigieron a la salida de emergencias, donde al otro lado de la salida debía esperarles la inspectora Gómez en su Citroën. Suerte tuvieron de no encontrarse ningún guardia paseando por las salidas de emergencias, haciendo caso omiso a las cámaras de seguridad, evitaban que en la posible grabación apareciesen sus rostros reconocibles. Salió primero López abriendo la puerta de emergencia, echando una ojeada al alrededor para evitar el encuentro con alguien. Allí, a un par de metros, les estaba esperando Gómez apoyada sobre el capó del coche aparcado. Los dos cogieron con fuerzas al ruso y lo llevaron rápidamente hasta el coche, metiéndolo en el maletero y de nuevo colocándole las esposas.

Los tres se observaban incrédulos por haber conseguido llevar a cabo el descabellado plan. Ahora todo estaba en manos de Oliver, así que la inspectora junto con López, que le había dado las llaves de las esposas, se fueron calle arriba hasta la entrada principal del juzgado y así entrar de nuevo.

\*\*\*

Oliver con el pulso acelerado por la acción que había vivido momentos atrás, conducía con imprudencia por las carreteras de Valencia hasta su destino, un huerto al que iba de pequeño junto con su amigo Carlos y otros, a jugar a lanzarse naranjas imaginándose que estas eran bombas o pelotas, según el juego al que decidieran jugar. Escuchó por el trayecto, sonidos que provenían del maletero, esperaba no tener que actuar tan pronto como aparcara el coche. El viaje duró media hora larga por la concentración de tráfico. Cuando estacionó el coche en un descampado del huerto, donde curiosamente y sin creérselo, había una chabola formada por cuatro paredes de no más de cuatro metros cada una, tanto de largo como de alto, y al parecer abandonada.

Se dirigió al maletero, dejando en el suelo su mochila para revisar si aún tenía un poco de cloroformo para volver a dejar inconsciente al ruso. Colocó la llave en la cerradura y con un leve movimiento de mano, se abrió y de forma inesperada aparecieron las piernas del ruso intentando alcanzar a Oliver con alguna de ellas. Este terminó de abrir rápidamente la puerta del maletero y se abalanzo encima del ruso llevándole a la cara la bayeta que usó en el juzgado. En cosa de diez

segundos, el cuerpo del ruso desvaneció en un sueño repentino. A base de tirones, llevo el cuerpo dormido del ruso hasta la chabola, definitivamente estaba abandonada. A los alrededores podían verse restos de botellas de vodka, colillas de cigarros e incluso jeringuillas usadas. Con suerte localizó una tubería de agua donde ató las manos de Stan con ayuda de las esposas. Espero sentado crujiéndose los nudillos en frente de este hasta que abriera los ojos. Con sus ojos observaba la situación en la que se encontraba. Sabía lo que iba a pasar después de todo esto. Uno de los dos iba a salir mal parado, obviamente; Stanislav tenía las de perder, aunque él también posiblemente iba a perder el poder volver a retomar su carrera de inspector en el cuerpo de policía.

Pasaron unos escasos diez minutos hasta que Stanislav volvió en sí un tanto desconcertado por lo que había ocurrido. Durante todo el proceso no pudo reconocer al que lo había capturado hasta ese momento, en el que pudo ver con claridad la cara del inspector, sentado frente a él y dando unas palmaditas. Ensimismado, sintió por primera vez en mucho tiempo, miedo; ese sentimiento casi inexistente para él desde que era niño cuando sabía que su padre iba a atizarle con la correa por algo que había hecho mal, y desde el día en que vio su muerte, se juró ser él quien diera miedo, siguiendo las acciones cometidas por su padre fallecido. Oliver se aproximó a él lentamente hasta el punto que se inclinó de rodillas para situarse cara a cara.

— Por fin, tú y yo solos – dijo pellizcándole la mejilla como suelen hacer las personas mayores a los bebés. Pensaba que esta velada nunca iba a suceder.

— Pues ya ves que sí, aquí estamos. Juntos hasta la muerte.

— Así es. Tú lo has dicho, hasta la muerte.— dijo esta vez propinándole una bofetada.

Los dos inspectores entraron de nuevo en la sala del juicio donde el personal estaba de lo más alarmado. Todo eran gritos alarmantes y confusiones, estos se miraron mutuamente sin decir una palabra. La juez estaba golpeando el malleto para atraer la atención del público, y viendo que le hacían caso omiso, se puso de pie gritando que se calmaran. Ahora sí, todo el mundo se sentó y junto a los inspectores apareció la comisaria.

— ¿Dónde cojones estabais? ¿No sabéis lo que ha pasado?

— La verdad es que no, ¿qué ha pasado? – contesto López ignorante por la situación.

— ¡Han secuestrado al ruso! ¡Mierda!

— No habrá podido ir muy lejos – soltó la inspectora.

— ¿Tú crees? Ha dejado inconsciente al escolta y por lo que parece, ha salido del recinto porque no aparece por ningún sitio.

— Tarde o temprano daremos con él. No se conoce estas calles, él no es de aquí – dijo López.

— Eso me da igual, lo quiero aquí y ahora. Y tú, señorita Gómez, cuando estemos en la oficina quiero hablar contigo.

— Sí jefa.

— Ahora poneros los dos echando ostias a buscar cualquier prueba o señal de vida que nos indique a donde ha ido el ruso y si ha tenido ayuda de alguien.

— Sí señora – contesto el inspector.

Jamás habían pensado llegar a ver a la comisaria de aquella manera, estaba completamente furiosa, y si bien sabían los dos inspectores, más valía que no encontraran ninguna prueba que los delatara. Aunque lo tenían difícil, ya que por un lado el inspector López tuvo un encuentro fortuito con el comisario Molina, y por el otro; la inspectora había solicitado la ayuda del escolta Miguel. Tarde o temprano iban a detenerlos por posible secuestro o cómplices.

Se pusieron manos a la obra, evitando levantar sospechas entre el resto, comprobando algún tipo de huella o escondite, donde pudiera estar de manera imposible, el secuestrado. Pero la suerte no dura para siempre, la comisaria volvió junto a ellos y no estaba sola, estaba acompañada del comisario Molina y del escolta, cosa que para los dos inspectores aquello significaba que los habían delatado y de que su fiesta había terminado en ese momento.

— No quiero cabrearme más, pero ¿en qué cojones estabais pensando?

— ¿A qué se refiere señora? – dijo López.

— Me toma por estúpida por lo que veo, ¿no?

— Sigo sin saber que ocurre.

— Agente, acérquese – dijo Hidalgo. Espósalos y llévelos a la oficina de la brigada de homicidios, allí nos encargaremos de ellos.

— ¿Pero a que viene esto comisario? – dijo el inspector dirigiéndose a Molina.

— Tu, y ella, lo sabéis. La inspectora Gómez al menos permanece callada, tu solo estas empeorando las cosas.

— A todas las unidades, – dijo Hidalgo por el walkie – *código 10—31*<sup>[1]</sup>, delito en curso. Repito, *código 10—31*. Se busca agente peligroso. Se trata de Oliver Torres, armado con un arma

de fuego en un Citroën c3 rojo. Ha secuestrado a un sospechoso de asesinato.

— 10—4<sup>[2]</sup> – sonó al otro lado del walkie. Aquí Halcón. Recibido.

— Avisa a emergencias, rápido, dígame al guardia que se trata de un código 10—59 <sup>[3]</sup>– dijo al agente apagando el walkie al unísono.

—Entendido – contestó el agente que había esposado a los dos inspectores.

— Llévatelos fuera de mi vista.

Ahora lo que los dos inspectores querían evitar era ya imposible, el agente avisó al guardia para que este llamara a emergencias. Ayudado por otro agente que se había unido a ellos por petición de Molina, los llevaron al coche patrulla que esperaba fuera del juzgado. Acto seguido, encendieron la sirena y con una prisa descomunal, salieron para llevar a cabo la orden de la comisaria Hidalgo. Después de pasar quince minutos sentados en aquellos incómodos asientos de plástico, llegaron a la oficina de la brigada, dónde aún esposados, los encerraron en la sala de interrogatorio.

— Mierda. ¿En qué diablos estaba pensando? – dijo la inspectora en voz alta.

— Sabias a lo que te enfrentabas, no te desanimes ahora. Hemos hecho bien, ahora falta que Oliver no se pase con el ruso y no lo llegue a matar. Porque si lo hace, a aparte de que él irá a prisión, a nosotros nos considerarán cómplices y no nos deparara nada diferente.

— Mierda – dijo la inspectora de nuevo con la diferencia de que ahora estaba llorando.

— Cálmate joder. Todo saldrá bien, confía en mí.

— ¿Qué confie en ti? Por vuestra culpa estoy aquí.

— Perdona chiquilla, pero nadie te ha obligado. Tú aceptaste sin pensar en las consecuencias y ahora no vengas con lloriqueos de niños caprichosos y levanta cabeza. Verás como todo se soluciona.

— Sí – contestó lavándose las lágrimas con su hombro.

En menos de lo que canta un gallo, aparecieron los dos comisarios por la puerta de la sala, y no tenían cara de buenos amigos. Aquello les iba a pasar factura, y era hora de rezar porque todo saliera bien, como le había prometido López a la inspectora. La comisaria llevaba consigo una cinta de video y el otro, empujaba un carrito dónde reposaba una televisión de no más de diez y nueve pulgadas. Sin decir una palabra, la comisaria introdujo la cinta en el reproductor, y adelantó la cinta hasta el momento exacto donde podía verse con poca nitidez, dos hombres saliendo por la salida de emergencia y llevando a un tercero aparentemente inconsciente por la forma en que lo llevaban apoyado sobre sus hombros. Volvió a adelantar, y ahí, con plena claridad, aparecía la inspectora Gómez sobre su coche y la llegada de estos dos hombres introduciendo al tercero en el maletero. El comisario Molina a diferencia de Hidalgo, se le veía calmado sentado en la silla.

— ¿Me podéis contar qué coño estabais haciendo?

— Lo que tú no nos dejaste hacer – contestó López.

— Para eso estaba el juicio, insensato.

— Ni mucho menos soy insensato. Cumplo con la justicia. Ese hombre iba a salir impune de los dos asesinatos por falta de pruebas y todos los aquí presentes, sabemos que ese hombre esconde más de lo todos juntos sabemos.

— Eso a mí me da igual. Tarde o temprano, si él es el asesino, iban a aparecer pruebas.

— ¿A sí? ¿ A dónde señora comisaria? ¿A dónde? Si ya hemos registrado las dos escenas del crimen como arqueólogos en busca del santo grial.

- ¿No tiene nada que añadir inspectora?
- No... Bueno, sí... — dijo mirando a la comisaria fijamente.
- Adelante, alúmbreme.
- Aquel hombre nos tomaba el pelo, a todos. Y, por si fuera poco, conocía la identidad del inspector Torres. Así que dígame usted cómo es eso posible.
- Habrá leído algún caso en el periódico.
- Con todos mis respetos jefa, pero ese hombre no tiene pinta de leer mucho, más bien leen por el a base de ostias.
- Eso usted no lo sabe – dijo la comisaria golpeando fuertemente la mesa con la palma de la mano.
- No hace falta ser catedrático en psicología para saber eso.
- ¿Algo que decir señor comisario? – pregunto Hidalgo.
- Sí, que el señor Torres haga su cometido. Este es su caso, y por experiencia se, que no va a parar hasta terminarlo.
- No me joda. ¿Esta al favor de ellos?
- No estoy al favor de nadie, pero conozco a mis inspectores y sé que no dejarían que un hombre al que todos sabemos que es culpable, quede impune de dos asesinatos. Además, ese hombre, Stanislav, agredió a uno de mis agentes, y por si fuera poco era muy buen amigo, más bien un hermano para Oliver. Así que solo nos queda rezar para que no se pase de la raya y tengamos ante nosotros una declaración por parte del ruso – explicó poniéndose de pie y encarándose a la comisaria. Y ahora quíteles las esposas y vayamos todos a buscar a Oliver antes de que cometa alguna locura.
- Esta bien – dijo Hidalgo avergonzada por el discurso que había dado Molina.

La inspectora Gómez sorprendida por el giro dramático que había presenciado en la sala, y con el alivio que sintió en sus manos al retirarle las esposas, indico a los presentes que no tenían ni idea de dónde podría Oliver haber llevado al ruso, ni ellos que habían participado en el secuestro lo sabían.

- Yo sé quién puede saberlo – dijo López quitándose la boina y golpeándola en su otra mano.
- ¡¿Quién?! – preguntaron los tres a la vez.
- Carlos – respondió viendo la cara de estupidez de los tres de porque no se les había ocurrido a ellos, tenían la respuesta todo el tiempo.

\*\*\*

¡Plas!

Aquel sonido de la bofetada que le dio a Stan, rebotó entre las cuatro paredes de la abandonada chabola. Todavía no había llegado a altos extremos de violencia, solamente le había dado unas cuantas bofetadas sin exponerle una sola pregunta a la que responder. Básicamente estaba aliviando parte de la ira que llevaba acumulándose desde que empezó días atrás con el caso antes de proseguir con el interrogatorio. Stan tenía el lado izquierdo de la cara completamente roja, aparte una de las bofetadas que le dio fue a parar en su oído haciendo que este sangrara un poco. Continuaba sentado en el suelo y esposado, pero él sonreía valientemente con descaro al inspector enfurecido. Pero no pudo aguantar no hablar mucho más.

- ¿Eso es todo inspector? – dijo Stan. Mi abuela pega más fuerte que tú.
- ¡Cállate!

— Lo siento. ¿He hecho que se enfade el gatito? Miau – dijo con tono burlesco acompañado de un gesto con una de sus manos intentando parecerse a un gato.

¡Pam! Esta vez le dio un puñetazo cerca del ojo izquierdo haciendo que se le abriera la ceja.

— Eso es mucho mejor gatito. La próxima hazlo con más ganas – continuó burlándose y sonriente.

— ¿Por qué huiste de mi compañero?

— ¿Otra vez...? Tío, aprecio mucho mi culo, y ese venía como loco a por él.

¡Pam! Otro golpe, esta vez en la mandíbula.

— Responde con respeto. No estás en condiciones para burlas.

— Puede que no, pero así gano tiempo y tarde o temprano llegaran tus amigos y te separaran... Y yo quedaré como aquel que dice impune y en el juicio tú serás el culpable, no yo.

— Tú eres un asesino.

— Puede ser, no lo sabes con certeza. ¿O acaso tienes algo contra mí?

¡Pam! Esta vez le partió el labio.

— Joder... — dijo escupiendo sangre.

— ¿Vas a responder o no?

— Por ahora juguemos un poco más a polis y cacos, me traen recuerdos.

— Como desees.

¡Pam! Ahora en la nariz casi llegando a rompérsela.

— Suerte tienes de que este esposado cabrón, porque te las ibas a ver conmigo.

— Contesta. ¿Cómo sabes quién soy?!

— Muy fácil.

— ¿Sí?

— Claro. ¿Quién crees que dejó aquella nota?

— ¿Así que fuiste tú? Entonces tú sabes algo de los asesinatos. Responde – volvió a golpearle de nuevo en la boca.

— Puede que sí o puede que no. No me acuerdo. Con tanta ostia en la cara creo que me estas dejando tonto – dijo burlándose otra vez.

De repente, un coche sonó como se acercaba hasta ellos. Oliver alarmado salió fuera para ver si podía reconocer el coche, pero aún no apareció.

— ¿Son amigos tuyos?

— No lo sé, igual son los dueños de este huerto.

— Lo dudo, esto está abandonado. Se ve a simp...

La conversación fue interrumpida por un golpe que recibió entre el cuello y la cabeza he hizo que cayera de rodillas al suelo, se giró todo lo rápido que pudo para ver que estaba pasando, pero solo vio una bota acercándose a su cara hasta llegar a golpearlo, y quedando así inconsciente por el golpe.

— ¿A qué estabais esperando? ¿A que me pegara un tiro?

— Cállate, hay coches patrulla por todos lados buscando a este capullo. Hay que salir echando ostias – dijo Aleksei mientras le quitaba las esposas con la llave que cogió de la chaqueta de Oliver.

— Rápido – se escuchó desde el coche.

— Vamos joder, tenemos que irnos – añadió Aleksei para dar prisa a Stan. ¿Pero qué haces? – pregunto al observar que su compañero estaba cogiéndole los brazos al inspector todavía inconsciente.

— Nos lo llevamos, este cabrón va a pagar lo que me ha hecho – añadió mientras arrastraba el cuerpo. ¿Vas a ayudarme a ir más rápido o vas a observar cómo hago yo todo el trabajo?

— Es una mala idea, Yegor se va a enfadar.

— ¡Que le den! Todo esto es por su culpa, por enchocharse de un puto agente como este. Así que date prisa y ayúdame.

Los dos gorilas, uno con la cara totalmente hinchada por la serie de golpes que había estado recibiendo hasta unos minutos atrás y el otro totalmente vestido de chándal blanco. Juntos elevaron el cuerpo del inspector llevándolo hasta el maletero del Lincoln. Allí en la parte de atrás del coche estaba Yegor, fumándose un porro de hachís y con restos de polvo blanco saliendo de uno de sus orificios nasales, por lo que daba a entender que había estado consumiendo cocaína, cosa que hacía casi a menudo. Con los ojos abiertos como platos parecía que aquel hombre desfigurado hubiera visto la presencia de algún extraterrestre o de la Virgen María. Rápidamente con los dos hombres en el coche, y Aleksei al volante, salieron a toda prisa de aquel huerto.

\*\*\*

Los cuatro agentes, los comisarios Molina y Hidalgo junto con los dos inspectores, estaban ya en la habitación de Carlos. Este fue interrumpido de su plácida siesta con aquella visita importuna y con un escándalo de voces que sonaban al mismo tiempo mientras se despejaba frotándose los ojos. Sobre él se abalanzó la joven inspectora que solamente había visto una o dos veces.

— ¿Dónde está Oliver? – dijo desesperadamente.

— ¿Qué...? ¿Qué pasa? – dijo atónito por aquella pregunta.

— Verás, el plan salió bien, pero debemos encontrarlo antes de que cometa un grave error. No sabemos de lo que es capaz.

— Y yo que se dónde puede estar. Ahora mismo seguro que estará pegándole la paliza del siglo y en unas horas estará de nuevo en la oficina. No hay de qué preocuparse – dijo Carlos a modo de que se calmase el ambiente.

— No podemos esperar. No sabemos con certeza que lo que dices pueda pasar – habló esta vez la comisaria.

— Pues no sé, no sé dónde puede estar.

— Piense Carlos – dijo Molina. Usted es prácticamente su hermano. Debe saber a dónde iría en estas situaciones.

— Ahora mismo no puedo pensar con claridad y menos con todo lo que me están metiendo por vena estos locos con batas blancas. Ahora soy una cobaya de laboratorio.

— Pues hágalo conforme pueda, déjese de comentarios graciosos y piense – dijo Hidalgo.

— Piensa en algún sitio donde hayáis ido con frecuencia, o un sitio que sepas que sería difícil de encontrarlo – añadió López hasta ahora inexistente en la conversación.

— Vaya Iñaki. ¿Ahora vas a la moda? – preguntó mientras se reía del nuevo estilo de barba que llevaba el inspector.

— Déjate de burlas y piensa. Cerdito – le contestó.

— A ver... ¿Un sitio que frecuente?

— O haya ido, aunque sea en el pasado – indicó Gómez.

— Ahora que lo dice inspectora, creo que se dónde puede estar.

— ¿Dónde? – dijeron los cuatro.

— En un huerto al que íbamos de pequeños a jugar. Alguna que otra vez hemos ido allí a recordar los viejos tiempos cuando alguno de los dos necesitaba hablar para desahogarse de algo.

— ¡¿Un huerto?! Joder se más específico, hay muchos huertos por aquí – dijo López alzando la voz.

— ¿Me dejas hablar? Gracias – contestó Carlos. Está cerca de la reserva natural de El Tello, solamente esta ese. No tiene perdida.

Para cuando quiso recibir gratitud, los agentes habían salido disparados de la habitación sin ni siquiera un gesto de despedida. Todos juntos subieron al coche del comisario Molina, un Audi A4 Avant B5, azul y totalmente nuevo. Sin que les diera tiempo a ponerse los cinturones, chafó el gas a tope y con un golpetazo que produjo un chirrido, introdujo la primera marcha. Por orden del comisario, López que iba a su lado en el asiento del copiloto, colocó en el techo del coche la sirena, poniéndola también en marcha. En la parte de atrás, la comisaria Hidalgo cogió el walkie con fuerza avisando a las unidades que fueran lo antes posible a la reserva y evitaran a toda costa que el inspector Torres o el ruso, escaparan. Sabían que no iban a llegar a tiempo, el viaje era de al menos cincuenta minutos, por ello todos los presentes en el coche rezaban para que algún coche patrulla estuviera más cerca que ellos.

A los veinticinco minutos de trayecto, sonó el walkie de la comisaria.

— Aquí Tortuga, 10—0 [4]— sonó –Se está cometiendo un 10—10[5]. Repito 10—10.

— Aquí Alfa, 10—37 [6]— sonó entrecortando la transmisión anterior. Repito, un Lincoln con matrícula C445AF. Últimos dígitos irreconocibles.

Aquello significaba que milagrosamente habían llegado antes que ellos. Esperaban que entre los agentes se encontraran Torres y Stanislav. Después de otros quince minutos, llegaron al huerto abandonado cerca de El Tello. Allí no había nadie más que los cuatro agentes acordonando la zona. No había indicios de que allí estuvieran ninguno de los dos a los que esperaban encontrar. Y eso hizo que las cosas solo fueran de mal en peor. Pero uno de los agentes que estaba revisando la chabola, salió de ella con una mochila en la mano, dándosela a la comisaria Hidalgo.

— ¿Esto es de Oliver? – pregunto a los inspectores.

— Sí señora. Es la misma que llevaba en el juzgado o al menos eso parece – contesto López.

— ¿Esta seguro? – añadió.

— Si, — indico mientras revisaba la mochila – aquí están las llaves de su casa y el bote de cloroformo.

— Mierda. ¿Y dónde cojones se ha metido ahora?

— Jefa, a mi parecer, – dijo Gómez mientras exploraba la tierra – creo que lo han secuestrado o a los dos. Pero estas huellas de coche no son de los coches presente, como puede observar.

— ¿Y ahora qué hacemos? – dijo López.

— Bueno... Tenemos parte de la matrícula del coche sospechoso. Deberíamos empezar por ahí – argumento Gómez.

— ¿Quién de vosotros a avistado el vehículo? – pregunto Molina a los agentes que estaban junto a ellos.

— Yo – dijo uno de ellos.

— ¿Cómo se llama?

— Marcos, señor.

— Bien Marcos. Dime lo que has visto.

— No he podido ver mucho, pero sí que habían tres hombres dentro, dos de ellos llevaban una vestimenta blanca, aparte de la matrícula que ya os facilité.

— Perfecto. Es hora de irnos a la oficina y estudiar esa matrícula. En marcha – dijo Molina subiéndose de nuevo a su coche.

*3 de Febrero 1998*

Habían pasado tres días desde la desaparición de Oliver y del ruso. La situación en la oficina de la brigada y en la comisaria de Molina, era crítica. Estaban desesperados, habían estado buscando la matrícula del Lincoln que lograron ver escasamente los agentes cerca de la salida del huerto a la altura de El Tello en sus bases de datos, pero no aparecía ninguno. Todo el mundo estaba trabajando en el caso de desaparición, incluso había ido a casa del inspector en busca de alguna señal que pudiera servir como pista para continuar con la búsqueda, pero todo era en vano. La inspectora Gómez, el día de la desaparición, fue al hospital para visitar a Carlos e informarle sobre el asunto, a lo que, él exhausto, quiso participar desde el hospital, cosa imposible ya que su doctor se lo prohibió, solamente debía esperar un par de días más para que le dieran el alta, pero todavía sin poder unirse al cuerpo de policía.

También, la comisario Hidalgo, informo a los mozos de escuadra de Badalona para que estuvieran al tanto de algún movimiento extraño o suceso fuera de lo normal, así como la búsqueda del vehículo sospechoso. López había dejado la comisaria para unirse a la brigada de homicidios y desapariciones, siendo ahora el compañero de la inspectora Gómez. Ninguno de los comisarios habían hablado con los medios de comunicación para no alarmar a la población, ya que eso supondría tener a todas horas, periodistas pidiendo información a cada uno de los trabajadores, y por consecuencia, la mal interpretación de esta.

Eran las siete y veinte de la tarde, cuando la comisaria ordenó a todos los presentes en la oficina a que acudieran a la sala de conferencia. Allí junto a ella, estaba Molina, López y Gómez.

— Buenas tardes a todos – saludó. Por favor cojan a sientos y guarden silencio. Como sabéis todos hoy hace tres días desde la desaparición de Oliver y del ruso. Hemos estado las cámaras de videovigilancia del juzgado, pero allí no aparece nada – miró a los dos inspectores – debemos aumentar las horas de búsqueda y sobre todo hacen falta ideas.

— La matrícula que obtuvimos gracias al agente Marcos, aquí presente, es inexistente, aunque sí que conocemos el modelo del coche. No aparece en las bases de datos como bien ya sabéis. Así que solamente nos quedan dos cosas: – comentaba Gómez mientras se disponía a escribir en la pizarra – la primera es obtener cualquier información de todos los Lincoln Town Car – apuntándolo en la pizarra – y segundo, obtener información sobre Stanislav Czejkowski, queremos saber todo de él, quienes son sus amigos, sus familiares, todo.

— Perdona inspectora – interrumpió uno de los agentes —. ¿ Pero no residía en Badalona? Eso nos queda muy lejos.

— Sí, pero con todo lo que está ocurriendo, pensamos que no deben haber ido tan lejos. ¿Otra pregunta?

— Sí — dijo otro agente levantándose de la silla. Es una idea.

— Adelante, te escuchamos – añadió Molina sentado encima de la mesa central de la sala mientras daba una calada al puro.

— ¿ Stanislav estuvo preso verdad?

— Sí, salió hace cuatro años – respondió Molina.

— ¿No fue capturado acompañado de otro hombre?

— Ahora que lo dices... — dijo Gómez mientras revisaba la carpeta con todos los informes

relacionados con el caso. Sí, tiene razón – indicó mirando a los tres superiores que la acompañaban. Se llama Aleksei Federov, tiene 35 años y también de nacionalidad rusa. En su expediente indica que ha sido encerrado varias veces en el retén por alboroto público, pelea de bandas y robo a mano armada, que fue el método de su encarcelamiento.

— Muy bien agente... — dijo Hidalgo.

— Pablo, señora.

— Gracias por tu ayuda Pablo – siguió Hidalgo. ¿Alguien más quiere aportar su granito de arena a este asunto? – preguntó haciéndose en silencio la sala. ¿Nadie? Pues al trabajo. Quiero que todo el mundo busque información sobre Aleksei y algo que lo relacione con Stanislav.

Todo el mundo salió disparado hasta sus puestos de trabajo obedeciendo la orden que acababa de dar la comisaria. Los dos inspectores, López y Gómez, acompañado de los comisarios, se dirigieron al despacho de Hidalgo para trabajar juntos. Una vez allí, hicieron una llamada a Carlos, para informarle sobre la pista que habían obtenido y que siempre habían tenido delante. Este, al otro lado del teléfono, estaba paseándose por su habitación del hospital, arrastrando la percha que sujetaba la bolsa de antiinflamatorio y antibiótico, conectado mediante una vía hasta su antebrazo derecho. Estaba harto de permanecer encerrado entre esas cuatro paredes, necesitaba ayudar a sus compañeros a buscar a su amigo desaparecido.

De nuevo en el despacho de la comisaria, todos estaban fijos observando la pantalla del ordenador de esta. Habían buscado el nombre de Aleksei Federov en la base de datos. Después de estar indagando por todo su historial sabiendo ya hasta que ropa le gustaba ponerse, obtuvieron el nombre de un primo suyo, el cual era bastante sospechoso y con una lista de delitos prácticamente interminable.

Se trataba de Yegor Kozlov, 39 años. Participe en peleas de perros ilegales, contrabandista, posesión de drogas ilegales tal como la cocaína, chocolate y éxtasis. Robo de vehículos, retenido por pelea de bandas, y lo mejor de todo, es que residía al igual que los otros dos, en Badalona.

Aquel tipo tenía la base perfecta para ser el cabecilla de alguna pandilla pequeña de traficantes, así que indagaron más aun en sus datos. Y... *bingo*, tenía a su nombre un Lincoln Town Car y había estado preso al mismo tiempo que los otros dos individuos, también por robo a mano armada.

Aquello hizo pensar a todos los presentes en el despacho que se trataba del hombre que estaban buscando, con él debía de estar Oliver, y rezaban porque no le dejaran la cara al igual que la tenía el tal Yegor.

Pasaron un par de horas mientras que todo el mundo estaba buscando información de Yegor Kozlov, cuando de repente uno de los agentes apareció en el despacho interrumpiendo a los cuatro superiores.

— Señora comisaria – dijo cogiendo aire. Tenemos nueva información sobre el sospechoso.

— Pase y tome aire.

— Gracias – dijo acercándose a la mesa donde estaban los cuatro mirándolo fijamente esperando a que hablara de nuevo.

— Dime agente. ¿Qué es eso tan importante? – habló Hidalgo.

— Verás, mis compañeros y yo hemos estado buscando información como nos pediste, – dijo el agente dándole a Hidalgo un documento – cuando de repente, uno de ellos que estaba indagando sobre Stanislav y compañía, obtuvo un tercer nombre, Francis Petrov, y adivinen que , no tiene ningún antecedente.

— Bueno, buen trabajo agente. ¿Pero de que nos sirve esto? – preguntó López extrañado

tocándose la barba.

— Verá inspector, ese hombre era un espía ruso que residía en Badalona y tenía como objetivo infiltrarse en la mafia rusa que lidera Yegor Kozlov. Además, por si fuera poco, está desaparecido, y añadiendo más leña al fuego; – dijo mientras observaba metódicamente a los cuatro — es el marido y padre de los familiares fallecidos en el accidente que causó Tomás y donde también estaba presente Oliver.

Aquella inesperada información hizo que los cuatro quedaran inmóviles sin saber que hacer ni decir. El primero en reaccionar fue López, que cogió su chaqueta colgada en el perchero colgado de la pared y salió corriendo del despacho.

— Gómez, ve con él. ¡Rápido! – ordenó Hidalgo.

La inspectora salió disparada en busca del inspector. Para cuando lo alcanzó, este ya estaba entrando en su coche. Sin preguntar a donde iba, ella entro también en el coche. Aquellas prisas debían de ser por algo, y tarde o temprano, la inspectora sabría el porqué.

Pasaron diez minutos y ya no aguantó más aquel silencio.

— ¿Dónde estás yendo inspector? – preguntó.

— ¿No te has dado cuenta?

— ¿De qué?

— De que, si ese tal Yegor está siendo un blanco para el gobierno ruso, y han organizado espiarlo, es porque ese tío es de lo más peligroso. Y si no hacemos nada, no volveremos a ver a Oliver nunca más.

— ¿Y qué piensas hacer? Ni siquiera sabemos dónde se esconde.

— Todavía no, por eso vamos a ir a ver al doctor Peña.

— ¿Y en que nos puede ayudar él? – preguntó asustada por pensar en que no volvería ver al inspector, empezaba a tenerle afecto.

— En mucho señorita – le respondió mirándola y rápidamente volviendo la vista a la carretera.

— No sé por donde quieres ir a parar ...

— Gómez. ¿Recuerdas la nota que recibió Oliver?

— Sí, claro – respondió. Esa que ponía que esto le quedaría grande.

— Sí. ¿Y recuerda quien lo firmaba?

— No, ahora mismo no me acuerdo – dijo excusándose.

— Ponía “atentamente, Y.” ¿Le suena de algo eso?

— ¡Claro! Esa carta la tuvo que hacer Yegor Kozlov.

— Sí, y por eso, o bien están refugiados por las cercanías de Valencia, o uno de sus vasallos vino hasta aquí para hacérsela llegar.

Mientras se hacían preguntas e intentaban resolverlas juntas, llegaron al laboratorio del doctor Peña, que estaba y como era de esperar, con la vista puesta en los monoculares del microscopio. Interrumpiéndole, pidieron que estudiara de nuevo la nota, quitándole cinco minutos escasos de su tiempo.

— ¿Qué tiene? – dijo López.

— No mucho la verdad – dijo colocándose bien las gafas.

— Lo que tenga – añadió el inspector.

— Esta escrito a mano, además la tinta es bastante común, la que cualquiera de nosotros puede conseguir en una papelería y sobre el papel, es un trozo de página de algún libro, no hay más.

— ¡Joder! – bramó la inspectora golpeando la mesa de estudio, fuera de sí.

En ese momento, el teléfono de López sonó y atendiendo a la llamada, era Molina.

— Dime señor.

— Tenemos una posible localización, donde podría estar Oliver.

— ¿Dónde?

— En Villarreal, en una carnicería.

— ¡¿En una carnicería?!

— Sí. Exactamente la carnicería de un familiar de Stanislav. Vlad Landowki. Él también ha estado preso hace una década, y aunque parezca que ha ido encaminándose por el buen camino. Nos da la espina de que más bien es una tapadera.

— Bien señor. ¿Y qué hacemos?

— Nos vemos en la puerta de la comisaría, iremos los cuatro en mi coche.

Después de colgar la llamada y de guardar el teléfono en el bolsillo de la gabardina. Cogió a Gómez por el brazo empujándola levemente para que lo siguiera. Subiendo por el ascensor del laboratorio que los llevaría a la planta donde se encontraba la entrada de la comisaría, le explicó lo que le había comentado el comisario por teléfono. La inspectora no podía contener su furia, quería tener delante a aquellos tipos y encerrarlos de una vez por todas, y para siempre.

Cuando llegaron los dos comisarios en el coche de Molina, los inspectores subieron a este. De nuevo con la sirena en funcionamiento, y acompañados por cinco coches patrulla detrás de ellos, salieron disparados hacía su nuevo destino.

La carnicería de Vlad.

# 13

## Diario

*Día 1*  
*1 de Febrero de 1998*

Escribo estas palabras sobre una libreta que me han otorgado las personas que me tienen preso a modo de deshacer mis nervios y no volverme loco hablando a la nada. De todos los que han pasado cerca de donde me encuentro, solo he podido reconocer la voz de Stanislav. El que me dio la libreta y el lápiz, jamás lo había visto, además de que apenas podía verle la cara, pero por su acento diría que también es ruso o de por ahí. No sé dónde estoy, ni si quiera se si estoy escribiendo bien estas palabras ya que aquí dentro la luz es escasa. Hay algo en el ambiente que me da nauseas, es un olor muy fuerte, como a podredumbre, similar a ese olor que desprende la carne podrida que has dejado un par de días en la nevera y se te olvido envolver con film transparente.

He tenido la suerte de que todavía no me han tocado un pelo, ni si quiera una patada o un puñetazo. Cuando desperté ya estaba en este antro. Lo único que sé, es que me duele demasiado el cuello a relación de aquel golpe que recibí en la chabola, por no hablar de que creo que me han llegado a romper la nariz tras aquella patada.

No sé qué hora es, ahora mismo soy como un animal salvaje inconsciente del tiempo que transcurre a lo largo del día, pero por cómo suena mi estómago, deberán de ser las siete de la mañana. Ayer, y digo ayer, porque después de que los secuestradores me dieran una bandeja con sobras de pan y huesos, me dormí; pude escuchar una conversación que tuvieron, hablaban sobre que podían hacer conmigo, después ya no entendí nada porque no hablaban en un idioma que yo conociera. En estos momentos echo de menos volver a ser mi yo de hace una semana, sentado en el sofá de mi casa, sin preocuparme de algún caso que me hayan otorgado o de perseguir a nadie calle abajo por la ciudad. Esa calma de la que ya no se si voy a poder volver a presenciar nunca más.

Supongo que haya donde estén mis compañeros, estarán como locos tratando de dar conmigo. No me quiero ni imaginar la cara de la comisaria Hidalgo cuando se enterase de que secuestre a Stanislav con ayuda de López y Gómez. Solo de pensarlo, me da miedo, pero a la vez me troncho de risa. Algo me dice que vienen a charlar conmigo, he escuchado un par de puertas abrirse , así que no se si volveré a escribir sobre estas páginas.

\*\*\*

No sé cuánto tiempo ha pasado desde que vinieron a por mí, pero ahora me cuesta escribir y mantener el pulso. Me han quitado dos uñas de mi mano derecha, y prácticamente ni la noto por el dolor que estoy pasando, y no solo eso, ahora sí que sí, tengo la nariz rota; ese animal me la ha destrozado, y si salgo de aquí, que lo dudo, necesitaré gastarme el sueldo de un año en una cirugía. Al principio no entendía nada, solo hacían que hablar en su idioma y mientras me desnudaban me iban pegando patadas en las costillas, hasta que me ataron a una silla. Sin contarme a mí, habían tres tipos en la habitación, pero ninguno de ellos Stanislav. El que me torturaba y me hinchaba a golpes, pude entender que se llamaba Aleksei o algo parecido, ese hombre más bien era un gorila

de espalda plateada defendiendo su territorio, porque jamás me habían pegado tan fuerte. Además, di por hecho que fue él quien me propino aquella patada en el huerto que me dejó inconsciente, ya que era quien tenía los pies más grandes y la capacidad para hacerlo. El otro mucho más bajito, pero no por eso menos violento, se hacía llamar Yegor. Era repugnante mirarle directamente a la cara, aquel tío tenía una cicatriz que le ocupaba y deformaba casi toda la cara. Ese tipo debía de ser el cabecilla, porque era el que más gritaba e indicaba órdenes a los otros dos con el dedo índice, señalando aquello que quería que hicieran. Luego estaba el otro, del que desconozco su nombre, pero era idéntico a Aleksei, igual de grande, de fuerte y con esa cara típica que tienen los rusos con las facciones de la cara bien pronunciadas. Este, llevaba una bata blanca de carnicero, completamente cubierta de sangre, cuando lo vi me temía lo peor, pensaba que en cualquier momento aquel hombre cogería alguno de los cuchillos que estaba en una mesa cercana a mí y me cortaría alguna oreja, un dedo o algo muchísimo peor y doloroso. Después de darme hostias a mansalva, decidieron preguntar.

Primero querían saber porque estaba siguiéndoles los pies a Stanislav, a lo que les respondí que era inspector, cosa que ya deberían de saber y que me habían asignado la investigación de un par de asesinatos y él era un sospechoso, además de que había agredido a uno de mis amigos. Luego, el cara cortada, me preguntó si los conocía, cosa que respondí que no. Y aunque dijera la verdad, a ellos les daba igual, ellos iban dándome hostias y hostias, hasta tal punto que debo de estar irreconocible. Más tarde entro Stanislav por petición de Yegor, con una cara de perro tremenda, y este le pregunto si lo que yo dije de que apuñalo a un policía era cierto pegándole una cachetada en la sien. Al afirmar lo que yo dije, Yegor empezó a lo que me parecía a mí, decir insultos y tirar todo lo que había por su paso, incluso lo amenazó con un cuchillo jamonero. Yo estaba flipando, pero eso no duro mucho; volvieron los golpes por todo el cuerpo hasta que me volvieron a preguntar. Esta vez me preguntaban por un tal Francis, si había trabajado con él o tenía algún tipo de relación, y después de negarme, fue cuando, ese salvaje de Aleksei, me sacó dos uñas de mi mano derecha con un alicate de punta fina, y no lo hizo rápido, lo hizo con toda la lentitud del mundo, y daba igual cuanto gritara, ellos se reían de mí, sabían que nadie me iba a escuchar. Tuvieron la amabilidad de servirme un vaso de agua, e incluso me invitaron a un cigarro, y aunque yo no fumo, acepté, y de nuevo se rieron de mí por estar unos segundos tosiendo por la calada que había dado. Pero esa lujuria no duro mucho tiempo, me hicieron la última pregunta, si conocía a la mujer de Francis, Elsa y a su hijo Ruslan. Esta vez tarde en responder, aquellos nombres me sonaban de algo, y por no contestar ahí fue el peor momento de todos; Aleksei me agarró por mis orejas retorciéndolas fuertemente y con su gigantesca cabeza, me arreó en la nariz con su frente. Aquel crujido fue espeluznante, en cuestión de segundos, mi boca estaba llena de sangre con ese gusto metálico, y el dolor era incalculable, tanto que llegué a desmayarme y ahora aquí estoy, para cuando desperté, ya estaba de nuevo con ropa y en esta habitación envuelta en penumbra.

Debo idear un plan de fuga por muy difícil que sea, tengo que salir de antes de que López, Gómez y la comisaria puedan encontrarme aquí o sino acabaré siendo comida para peces. He rebuscado por la habitación, pero no encuentro nada con lo que defenderme, ojalá tuviera mi M—82, aunque sería demasiado pedir, ya es bastante que me alimentan.

\*\*\*

*Día 2*

*2 de Febrero de 1998*

Hoy he despertado destrozado, no siento mi cuerpo, no responde ante mí. Sujeto lápiz con el dedo índice y el pulgar con dificultad. La mano la tengo completamente hinchada, y la cara ni la noto. Hace cosa de cinco minutos, así a ojo, que me han traído la comida, han dicho que se llama *musaca*, jamás lo había oído ni probado. La verdad es que no siento el sabor, tengo la cara totalmente dormida por el dolor. Estaréis pensando que podría usar la cubertería como arma, pues sí, no estaría nada mal si me la hubieran dado, estoy comiendo como un animal salvaje, con las manos y por consecuencia, ensuciando estas hojas que podrían llegar a ser mi testamento. En el estado en el que me encuentro, es imposible que pueda salir de aquí, ni si quiera, si estoy en Valencia o no. Solamente recuerdo que durante el trayecto hasta llegar a donde estoy pude contar diez minutos, cuando abrieron el maletero me golpearon con mi propia pistola en la sien hasta que volví a despertar, que fue cuando me sirvieron la bandeja con sobras de comida.

Me he despertado de la siesta, por así llamarlo, y me encuentro algo mejor, sobre todo porque Vlad, así se ha presentado, ha entrado a la habitación y me ha colocado al sitio la nariz. No he intentado nada, ya que no estoy en situación para hacerlo y además darían conmigo enseguida. Pero ahora tengo las ideas más claras y creo tener la solución ante mí. Este lápiz y el alambre de esta libreta, serán mi vía de escape. Únicamente debo esperar al momento oportuno, y entonces cuando alguien entre, lo apuñalare e intentaré salir de aquí como sea. Luego solamente me quedará este alambre que no se si servirá para algo, Estoy en situación de elegir si la vida o la muerte, y obviamente, elijo vivir, aunque tenga que matar para ello.

He aquí lo último que escribo, no tengo más páginas, rezad por mí. Adiós.

Casi habían llegado a Villarreal. Estaban ansiosos por llegar. Los dos inspectores situados en los asientos traseros del Audi, tenían su arma en sus manos firmes, dispuestos a disparar a todo aquel que se interpusiera en su camino. El leve trayecto de una hora se les hacía interminable. Sabían que cada minuto que pasaba, estaba en contra de ellos y sobre todo de Oliver, que esperaban que todavía siguiera con vida. La comisaria Hidalgo hizo unas cuantas llamadas a los agentes de Villarreal para que sean informados de la situación crítica en la que estaban y también solicitando más patrullas para ayudarlos.

Cuando llegaron a Villareal, no podían creer lo que veían, la entrada principal estaba totalmente acordonada y repleta de ambulancias y de patrullas policiales, así como también habían coches de la guardia civil. Al bajar del coche, se dirigieron al primer agente que pillaron.

- ¿Qué está pasando? Necesitamos pasar por ahí, soy la comi...
- Se quién es usted señora Hidalgo. Soy el inspector jefe Ramón.
- Bien Ramón. ¿Puede decirnos que está pasando? – contestó esta estrechándole la mano.
- Los vecinos han escuchado un tiroteo en la carnicería que hay aquí delante. Estamos a la espera de que lleguen el GEO<sup>[7]</sup>, para proceder a entrar.
- No podemos esperar, tardarán más de una hora, y ahí dentro hay un agente a mi servicio.
- Lo siento señora, es un suicidio entrar ahí dentro.
- Sea un suicidio o no. No voy a quedarme aquí cruzada de brazos esperando a que salga mi agente muerto sobre una camilla de una de estas ambulancias porque le han pegado un tiro, solo porque usted no quiera entrar – dijo Hidalgo malhumorada.
- No lo digo yo, es una orden del comisario...
- ¡Me importa una mierda! ¡Deme su arma! Si usted no se atreve a entrar, entraré yo, aunque sea lo último que haga.
- No puedo permitírselo – le dijo agarrándola por uno de sus brazos.

Justo en ese momento, salieron a la carrera los dos inspectores con sus pistolas preparadas evitando a todo aquel que se interpusiera en sus caminos. De repente, a cinco metros de la carnicería, una ráfaga de sonidos de arma, pauso la carrera de estos quedándose inmóviles. No sabían que estaba pasando ahí dentro, pero ese sonido les daba a entender de qué Oliver seguía ahí dentro y milagrosamente, con vida. Sin pensárselo dos veces, retomaron la carrera.

¡Pam!

El inspector López golpeo la puerta con una patada abriéndola de par en par. Por el momento todo estaba vacío, no había nadie, solamente carne y más carne. Sin saber si habían escuchado aquel portazo, los dos empezaron a caminar sigilosamente y apuntando con el arma atravesaron una puerta tapada por una cortina. Ahí la luz era escasa pero todavía podía verse algo. Aquel olor, hizo que los dos agentes sintieran náuseas, tanto que la inspectora Gómez vomito un poco de bilis.

Un par de sonidos significativos de dolor producidos por una de las personas allí presentes, alarmaron a los dos haciendo que retomaran su silencioso camino, observando que entre la oscuridad podían apreciarse unas escaleras que subían al piso de arriba. Cuando el inspector Gómez, que iba delante de Gómez todo el tiempo, llego al primer escalón, cayó rodando un hombre escalera abajo, tan rápido que no pudo remediar que cayera sobre él. Rápidamente, la

inspectora se lo quitó de encima y se sobre él retorciéndole el brazo desde la altura del hombro, hasta que López sacó sus esposas y lo dejó allí tirado.

— ¡Cabrón! ¡Me las vas a pagar! – sonó en el piso de arriba seguido de un sonido metálico como el que produce una licuadora.

Se escucharon más golpes, y cuando por fin llegaron al piso de arriba, allí estaba Oliver intentando escabullirse de un hombre que lo doblaba en altura y tamaño con una sierra eléctrica en una de sus manos con la intención de agredirlo.

¡BANG, BANG!

Gómez sin pensárselo, disparo dos veces a aquel hombre. Una de las balas no impactó sobre él por el nervio que tenía, pero la otra impactó sobre su pierna derecha, haciendo que este soltara la sierra y por consiguiente cayera de rodillas. Tras la caída, Oliver, con la cara totalmente magullada e hinchada, le dio un puñetazo en la cara y con una patada alejó la sierra de él. Pero no le dio tiempo a más, recibió un tiro en la espalda a la altura de los hombros, que hizo que cayera redondo al suelo provocando un fuerte estruendo. De inmediato, los dos inspectores empezaron a disparar contra él abatiéndolo hasta vaciar sus cargadores. Aquel hombre ya no iba a levantarse.

López, después de esposar al hombre medio inconsciente, bajo rápidamente las escaleras hasta salir a la calle en busca de atención sanitaria.

— ¡Rápido! ¡Un médico por favor! – gritó desesperadamente.

Mientras el inspector iba en busca de ayuda. La inspectora se acercó al cuerpo inmóvil de Oliver. No tenía pulso y eso hizo que le brotaran lagrimas a cantaros. Giró el cuerpo con dificultad para hacerle una RCP<sup>[8]</sup>, pero aquello no servía de nada. Pasó un minuto después del segundo intento de reanimación, cuando apareció la asistencia médica y se encargaron de él. Allí expectantes de lo sucedido, estaban un buen puñado de agentes acompañados de los dos comisarios, Hidalgo y Molina. Después de todo, y aunque no había transcurrido como ellos deseaban, aquello por fin había terminado y esperaban con ansias, que el inspector abatido, lograra pasar de aquel aprieto.

\*\*\*

Dos horas más tarde, estaban todos en el hospital universitario de Villareal, exactamente en la sala de espera de operaciones. Según les habían dicho, de camino al hospital, el inspector Torres, había retomado el pulso, pero era muy leve, tanto que lo había perdido un par de veces. Ahora estaba en el quirófano y rezaban porque saliera de ahí. Aquella tensión provocó que la inspectora Gómez sufriera una bajada de tensión y tuvieran que atenderla fuera de la sala, dónde ahora se encontraba en el bloque de urgencias.

Tic, toc. Tic, toc.

Ese sonido peculiar de un reloj, resonaba en aquella silenciosa sala, donde todos los presentes permanecían callados a la espera de que algún enfermero o participe en la operación que estaban llevando a cabo, saliera a informarles de la situación. Aquel desespero solo hacía que, por las mentes de los tres, aparecieran pensamientos negativos, imaginándose lo peor.

La inspectora Gómez a la otra punta del hospital de donde se encontraban sus compañeros,

estaba irreconocible. Tenía la mirada completamente perdida, y las lágrimas no paraban de caer y de caer. Sabía que no había entablado una fuerte amistad con Oliver, pero sí sabía que aquel hombre era honorable y respetuoso, quería haber tenido la oportunidad de haberlo conocido con más profundidad. Deseaba tener un encuentro con él fuera del trabajo. No quería mantener ninguna relación con él, ni mucho menos, solamente quería una gran amistad que perdurara por los años y que la enseñara a actuar como es debido ante asuntos que le vinieran grande. Veía en él un amigo que podría considerar algún día como hermano mayor. A ella claramente también le venía la negatividad de que aquello podría no suceder jamás.

— ¡Gómez! – sonó. ¡Adelaida Gómez!

— Aquí – dijo levantando la mano y mirando al alrededor para ver quien la llamaba esperando a que fuera a algún médico.

— Aquí estas ... — dijo el inspector.

— Estoy bien, no te preocupes.

— No es por ti idiota , es por Oliver.

— ¡¿Qué pasa?! – dijo asustada.

— Nada, está bien. Van a subirlo a una habitación.

Otra vez brotaron lagrimas del rostro de la inspectora, pero esta vez de alegría. Aquellas palabras hicieron que su pulso se volviese acelerado, llegándose a quitar la vía que tenía puesta. Acompañada por el inspector se dirigieron a las escaleras más cercanas para subir a la primera planta, donde había informado anteriormente al inspector que estaría. Justo llegando al primer piso, vieron como aparecía una enfermera arrastrando una cama en la que estaba el cuerpo dormido de Oliver y siguiéndoles, los dos comisarios, donde se podía ver a la comisario Hidalgo consolando a base de golpecitos en la espalda al decaído Molina.

Para cuando entraron en la habitación que le habían destinado a Oliver, él todavía seguía durmiendo plácidamente por la anestesia. La enfermera les estuvo informando sobre la operación, les estaba diciendo que la bala había impactado contra su clavícula quedándose ahí retenida por el hueso, la suerte impactante que tuvo; fue que la bala no había tocado ningún órgano vital, ni corazón ni pulmones, nada; cosa que dejó boquiabiertos a todos los presentes. Añadiéndoles que no debía hacer movimientos bruscos cuando despertara ya que la operación ha sido arriesgada y podría hacer que se soltaran algunos de los puntos internos que tenía y eso sería una catástrofe para todos. Los cuatro inspectores, unos tristes y otros un tanto más alegres, observaban a Oliver en aquella cama. López que no podía aguantar más las ganas de lloras, salió de la habitación y recordó que no había llamado a Carlos desde hace un par de días y el pobre estaría subiéndose por las paredes. Así que lo llamó.

— Carlos. ¿Me oyes?

— Si, perfectamente. Dime – sonó perfectamente.

— Ya estamos con Oliver...

— ¿De verdad? Y, ¿cómo esta?

— No sé si es cosa de dios, de la virgen o del destino, pero ha tenido muchísima suerte. Saldrá de esta.

— ¿Qué dices? Cuéntame que ha pasado.

El inspector necesitó veinte minutos para detallarle todo a Carlos, sobre cómo llegaron a la pista de la carnicería y que ocurrió en el momento en que llegaron a Villareal, así como, que el

propietario, Vlad, había sido abatido a tiros por él y la inspectora, añadiéndole que los dos esposados estaban de camino a prisión preventiva por posesión de armas, drogas y tener retenido a un agente de la policía. También le contó lo que sabía de Stanislav, el causante de que Carlos no estuviera participando en el caso. Por lo que había escuchado de los médicos que lo llevaban en la ambulancia, no tenía pinta de que sobreviviera; había sido apuñalado en el cuello justo en la vena aorta y no sabía nada más.

\*\*\*

Por fin la espera había terminado, había despertado Oliver. Todos los presentes se abalanzaron hacia el preguntándole como estabas, actuando Gómez como medio de seguridad evitando que se pasaran de la raya. Oliver todavía atontado por la anestesia, tardo unos segundo en retomar el control de su nublada vista. No tardó mucho en reaccionar a esta, haciendo que vomitase en el lado derecho de su cama, cerca de los pies del inspector López, que lo observaba metódicamente, como si quisiera decirle algo. Necesitó una par de minutos para volver a la normalidad, y entonces empezaron todas las preguntas de golpe.

— ¿En qué estabas pensando?! – exclamo Molina.

— ¿Podrías haber muerto?! – dijo López.

— ¡Te deje bien claro que estabas fuera del caso inspector! – recordó la comisaria.

— ¿Cómo te encuentras? – pregunto Gómez acercándose a él y agarrándole la mano cariñosamente.

— Gracias por el dolor de cabeza que me estáis provocando con tanto grito – dijo Oliver llevándose la mano libre a la cabeza —. Gracias Gómez, podría estar mejor pero no estoy para pedir mucho, yo solito me lo he buscado.

— La verdad es que sí , pero tanto yo como los demás nos alegramos de que estés bien.

Era momento de dejar descansar a Oliver, así que todos salieron de la habitación. La comisaria Hidalgo ordenó al hospital de que tan pronto el inspector esté mejor, que lo llevaran al hospital de Valencia, ya que allí tendría más comodidad al encontrarse cerca de compañeros y amigos.

## EPÍLOGO

22 de Febrero de 1998

Han pasado algo más de dos semanas desde lo cometido en Villareal y por consecuente, la hospitalización de Oliver, que ahora estaba sentado tranquilamente en el sofá de su casa, acompañado de su mejor amigo Carlos y los dos inspectores, Gómez y López. Estaban mirando el partido del *Valencia C.F.*, equipo que animaban, ante el *Celta de Vigo* que se estaba televisando. Celebrando con cervezas y aperitivos la reciente y terminada victoria del *Valencia C.F.*; la inspectora Gómez, irreconocible por su nuevo corte de pelo a la altura de los hombros, abrazo inconscientemente al inspector Torres, situado a su lado en el sofá, a lo que los otros dos presentes abuchearon al dúo con silbido y aplausos.

A parte de la celebración por el partido y la visita que le habían dado a Oliver, también estaban allí para notificarle de una magnífica noticia. El inspector López había sido ascendido, ahora era comisario por la repentina jubilación de Molina y a él, lo habían ascendido a inspector jefe teniendo de súbditos a Carlos y Gómez, que había pedido a la comisaria Hidalgo que le permitiera unirse a ellos. Incapaz de creerse todo lo ocurrido en menos de una semana; Oliver estaba convencido de que por fin iba a poder dormir tranquilamente sin ninguna pesadilla que se interpusiera. Ahora debía : volver al trabajo, retomar el control de su vida, y como no, atrapar delincuentes, donde; en el peor de los casos, son asesinos.

¿Volverán a tener una aventura emocionante?  
¿Será esta la primera y última?  
El futuro es incierto.

Doy gracias a la ayuda de mi esposa por ayudarme a cumplir este desafío que ha sido y es, para mí. Por facilitarme los medios necesarios para continuar en mi día a día a la elaboración de esta obra literaria, que tanto espero que guste a los lectores. Y sin falta, al cariño que me da y tan feliz me hace.

## ACERCA DEL AUTOR

Nacido en Gandía (Valencia) el año 1995. A su prematura edad, con sus estudios básicos, un grado medio de automoción y su pasión por la lectura, se vio encabezado a escribir su primer libro y formar parte del mundo de la enseñanza.

- 
- [1] Delito en curso
  - [2] Mensaje recibido
  - [3] Escolta abatido
  - [4] Atención.
  - [5] Disputa en curso o negativo.
  - [6] Vehículo sospechoso en el área.
  - [7] Grupo Especial de Operaciones
  - [8] Reanimación Cardiopulmonar